

UNIVERSIDAD ABIERTA INTERAMERICANA
FACULTAD DE PSICOLOGÍA Y RELACIONES
HUMANAS



TESIS DE GRADO

ORIENTACIÓN DEL ROL SEXUAL Y ACTITUDES HACIA EL
AMOR EN HOMBRES Y MUJERES DEL ÁREA
METROPOLITANA DE BUENOS AIRES

PRESENTADA POR

MARIANELA ANAHI BLANCO

DIRECTOR: Lic. Sergio Remesar

Título a obtener con la presentación de la tesis: Licenciatura en Psicología

Fecha: Febrero 2015

Lo importante no es lo que han hecho de nosotros, sino lo que hacemos con lo que han hecho de nosotros. (Jean Paul Sartre)

AGRADECIMIENTOS

Como autora de la presente tesis de grado deseo expresar mis agradecimientos a todos aquellos que, de una forma u otra colaboraron en el desarrollo y materialización de mis ideas.

En particular, deseo agradecer a los siguientes:

- A mi familia, quien me ha dado la fuerza y la ayuda siempre, para llevar a cabo todo proyecto personal.
- A mis padres, por apuntalarme y guiarme en todo momento, así como, hacer de mí una persona de bien.
- A mi madre, que me ha incentivado frente a los avatares de este desafío personal y por el apoyo que me brindo en este camino que estoy construyendo, te amo.
- A los profesores que hicieron posible que llegue hasta aquí y que me interese por seguir aprendiendo.
- A mis amigos, hermanos y a todos los que estuvieron en el día a día a mi lado.
- A mi tutor, Sergio Remesar, por sus apreciables consejos e incondicionalidad, y por sobre todas las cosas, por haber dispuesto su tiempo siempre para ayudarme.

Orientación del rol sexual y actitudes hacia el amor en hombres y mujeres del Área
Metropolitana de Buenos Aires

Marianela Anahi Blanco

RESUMEN

En el recorrido hacia la igualdad entre mujeres y varones las trabas se montan en valores culturales estereotipados y en la institucionalización de las relaciones desiguales en el seno de la pareja, la familia y la sociedad (Petracci & Mattioli, 2008).

La mayoría de los estudios analizan la diferencia de los diversos factores psicológicos asociados al bienestar, entre ellos el amor, en función del sexo biológico, sin tener en cuenta el género y por lo tanto formando un marcado sesgo de estereotipos de género (Camacho et al, 2012). El presente estudio tiene como finalidad analizar la posibilidad de relación entre la orientación de roles de sexuales y las actitudes hacia el amor en hombres y mujeres independientemente del sexo que tengan. Se tomó una muestra no probabilística accidental simple, durante el último trimestre del año 2014, compuesta por 150 sujetos (106 mujeres y 44 hombres) que residen en el Área Metropolitana de Buenos Aires, con una edad promedio de 35,53 años (DT=10,330; Mediana= 34 años; Máx.=60 años, Mín.=18 años). Se administraron dos instrumentos estandarizados: Escala de Actitudes hacia el Amor (Hendrick y Hendrick, 1986 validación española Zubieta, 2001) y el Inventario de Rol Sexual (IRS) (Barra Almagiá, 2002). Los resultados permiten corroborar que sólo los roles sexuales femeninos se relacionan con las actitudes hacia el amor. Sin embargo se han encontrado que los roles sexuales se hallan relacionados con la variable sexo, adoptando los hombres roles sexuales masculinos y las mujeres roles sexuales femeninos.

Palabras claves: actitudes hacia el amor, roles sexuales, género.

Sex role Orientation and attitudes toward love in men and women of the
Metropolitan Area of Buenos Aires

Marianela Anahi Blanco

ABSTRACT

In the Path toward equality between women and men the obstacles are mounted on stereotyped cultural values and the institutionalization of unequal relations within the couple, the family and society. (Petracci & Mattioli, 2008).

Most studies analyze the difference of miscellaneous psychological factors associated to the welfare, among them the love, based on biological sex, without taking into account the gender and therefore forming a strong bias of gender stereotypes. (Camacho et al, 2012). This study aims to the possibility of relationship between sexual roles orientation and attitudes toward love in men and women regardless of the sex they have.

It was took a a sample non-probabilistic accidental simple, during the last quarter of the year 2014, of 150 fellows (106 women and 44 men) living in Metropolitan Area of Buenos Aires, with an average age of 35,53 years (SD=10,330; Median= 34 years; Max.=60 years, Min.=18 years). Two standardized instruments were administered: Scale of attitudes toward love (Hendrick and Hendrick, 1986 Spanish validation Zubieta, 2001) and The sex role Inventory (IRS) (Bar Almagia, 2002). The results permit us to corroborate that only female sexual roles are related with attitudes toward love. However it has been found that sexual roles are related with sex variable, by adopting the male sexual roles men and women sexual female roles.

KEYWORDS: attitudes towards love, sex roles, gender.

ÍNDICE GENERAL

AGRADECIMIENTOS	2
RESUMEN	3
ABSTRACT	4
ÍNDICE GENERAL	5
ÍNDICE DE GRÁFICOS	7
ÍNDICE DE TABLAS	8
CAPÍTULO I	9
1. INTRODUCCIÓN	10
CAPÍTULO II	12
2. MARCO TEORICO	13
2.1 Estudios de Género	13
2.1.1. Acerca de las diferencias entre hombres y mujeres	22
2.2 Rol Sexual	24
2.3. Actitudes Hacia el Amor	29
CAPÍTULO III	38
3. METODOLOGÍA	39
3.1 Objetivo general	39
3.2 Objetivos específicos	39
3.3 Hipótesis	39
3.4 Justificación y relevancia	39
3.5 Tipo de estudio o diseño	40
3.6 Población	40
3.7 Muestra	41
3.8 Técnicas e instrumentos para la recolección de datos	41
3.9 Procedimiento	42
CAPÍTULO IV	43
4. RESULTADOS	44
4.1. Caracterización de la muestra	44
4.2.1. Inventario de Rol Sexual [IRS]	47
4.2.2. Escala de Actitudes hacia el Amor [EAA]	47
4.3. Cruce de variables	47

4.3.1. Análisis de la normalidad	47
4.4. Análisis de la relación de variables	48
4.5. Análisis de las diferencias de grupos	50
CAPÍTULO V	53
5. DISCUSIÓN.....	54
6. ANEXOS.....	60
7. REFERENCIAS.....	65

ÍNDICE DE GRÁFICOS

GRÁFICO 1. CARACTERIZACIÓN DE LA MUESTRA POR EDADES.	40
GRÁFICO 2. DISTRIBUCIÓN DE LA MUESTRA SEGÚN SEXO	40
GRÁFICO 3. CARACTERIZACIÓN DE LA MUESTRA SEGÚN LUGAR DE RESIDENCIA	41
GRÁFICO 4. CARACTERIZACIÓN DE LA MUESTRA SEGÚN ESTADO CIVIL.	41
GRÁFICO 5. CANTIDAD DE ADULTOS QUE TIENEN O NO TIENEN HIJOS.....	42
GRÁFICO 6. CARACTERIZACIÓN DE LA MUESTRA SEGÚN NIVEL DE EDUCACIÓN.....	42

ÍNDICE DE TABLAS

TABLA I. RESÚMENES ESTADÍSTICOS DE LAS DIMENSIONES DEL INVENTARIO DE ROL SEXUAL [IRS].	43
TABLA II. RESÚMENES ESTADÍSTICOS DE LAS DIMENSIONES ESCALA DE ACTITUDES HACIA EL AMOR [EAA].	43
TABLA III. NORMALIDAD DE LAS VARIABLES A ESTUDIAR.	43
TABLA IV. CORRELACIÓN ENTRE DIMENSIONES DE EAA Y FEMENINO [IRS].	44
TABLA V. CORRELACIÓN ENTRE MANÍA [EAA] Y FEMENINO [IRS]	44
TABLA VI. CORRELACIÓN ENTRE DIMENSIONES DE LOS INSTRUMENTOS Y EL NIVEL DE EDUCACIÓN	45
TABLA VII. DIFERENCIAS GRUPALES SEGÚN EL SEXO	46
TABLA VIII. DIFERENCIAS GRUPALES SEGÚN EL LUGAR DE RESIDENCIA (I)	46
TABLA IX. DIFERENCIAS GRUPALES SEGÚN EL LUGAR DE RESIDENCIA (II)	46
TABLA X. DIFERENCIAS GRUPALES SEGÚN EL ESTADO CIVIL	46
TABLA XI. DIFERENCIAS GRUPALES SEGÚN SI TIENE HIJOS	47

CAPÍTULO I

1. INTRODUCCIÓN

Tajer (2009) establece que si el objetivo es trabajar en la salud de mujeres y varones desde una mirada de equidad, advertiremos que las contrariedades femeninas están fundadas en su mayor parte en aspectos relativos al empoderamiento y carencia de recursos. Por otra parte las trabas de los varones están basadas en el mandato de los costos de poder sostener o no la hegemonía, en tanto que son disputas más relacionadas a los excesos y a la exposición a riesgos.

A partir de la perspectiva de las diferencias de género, Hendrick y Hendrick (1986 citado en Ubillos et al., 2001) hallaron que los hombres en comparación con las mujeres, le otorgan mayor valor al amor pasional (eros) y al lúdico o de entretenimiento (ludus). En cambio las mujeres, a diferencia de los hombres, se orientan más por el amor amistoso (storge), el lógico (pragma) y el posesivo o manía (Sprecher et al., 1994 citado en Ubillos et al., 2001). La importancia que los hombres le dan al amor pasional y lúdico, así como la inclinación de las mujeres hacia el amor práctico, amistoso y maniaco se han explicado en el contexto de las funciones que estas formas de amor han tenido para cada sexo en la evolución de la especie.

Sin embargo, en estos tipos de investigaciones solamente se estudian las diferencias de sexo sin contar con la incidencia del género, lo que provoca un remarcado sesgo de estereotipos culturales (Camacho et al. 2012).

Es preciso aclarar que aquello que en nuestro país se conoce como “rol de género”, Barra lo identifica con el concepto de “rol sexual”, entendiéndolo como formas tipificadas de comportarse sexualmente, es decir, como aquellas conductas que son socialmente esperadas y aprobadas en cada sexo mediante el aprendizaje y desempeño de las mismas (Barra, 2002).

Al analizar la comparación entre hombres y mujeres se ha observado que de manera significativa difieren en numerosas variables específicas (Barra, 2002).

Las interacciones entre las variables de género y otras variables referidas a diversos aspectos de la sexualidad constituyen un aspecto sumamente atrayente y más difícil de considerar (Barra, 2002).

Tanto hombre como mujer son iguales, ya que ambos son personas, pero no es uniforme esa igualdad dado que el varón y la mujer difieren no solamente en los roles que desempeñan, además por la manera en que ambos se complementan. La existencia del dualismo de sexos implica una falta por parte de cada sexo y da lugar a la necesidad de complementariedad, no se apunta a representar al hombre como lo masculino y a la

mujer como femenino. No hablamos de caracteres sólo femeninos o caracteres sólo masculinos, sino que ambos de la mejor forma desplieguen sus cualidades juntos, sin que un sexo limite a otro (Platone, 2007 en Araguez 2012).

En la investigación presentada por Camacho et al. (2012) en cuanto al amor y el humor en hombres y mujeres, valorándolo desde el aporte de los roles género, sostienen que son aspectos trabajados en la Psicología Positiva y que al explorar acerca de la temática en cuestión, se encuentran diferencias en las actitudes hacia el amor y los estilos de humor entre mujeres y varones (Büyüksahin, & Hovardaoglu, 2004; Remshard, 1999, citado en Camacho et al., 2012).

En Venezuela, González (2002) indagó las actitudes hacia el amor, el rol sexual y la autoestima en mujeres víctimas de violencia de género en comparación con mujeres no víctimas de violencia de género, reflejando que en el grupo de mujeres víctimas de violencia, se mezclan entre estilos amorosos con predominancia a la pasión, así como a la amistad y el compañerismo y se adhieren a roles sexuales más femeninos. En tanto que el grupo de mujeres no víctimas obtuvieron mayores puntajes en la escala de masculinidad, indicando que se identifican más con aspectos asociados a independencia, seguridad, dominancia, propios del rol sexual masculino.

En diversas investigaciones realizadas desde esta temática, se hacen visibles la mistificación del amor, y la manera en que las reseñas a la pasión amorosa esconden con reiteración dominaciones y dependencias (Meler, 2010).

En función de los aportes de diversos autores del tema, el presente estudio apunta fundamentalmente a responder los siguientes interrogantes: ¿Cuáles son los roles sexuales con los que se identifican hombres y mujeres actualmente según la clasificación de Barra Almagiá? ¿Cuál es la relación que existe entre roles sexuales y actitudes hacia el amor en hombres y mujeres?

Es preciso aclarar que en nuestro país se han encontrado escasas investigaciones que indaguen la posibilidad de relación entre la orientación del rol sexual y actitudes hacia el amor en hombres y mujeres, por lo que considero que la presente investigación implica un aporte novedoso a la temática en cuestión.

CAPÍTULO II

2. MARCO TEORICO

2.1 Estudios de Género

Una propuesta para iniciar la lectura en primer lugar es elucidar el origen de la palabra género que etimológicamente significa *origen del ser*. Deriva del griego *genus*, que significa origen y luego del latín se agregó *Eris*, que significa ser. Por lo que si nos remitimos a su significado, el género está claramente relacionado al ser y sentir de cada ser humano (Portatadino, 2012).

Siguiendo a Portatadino (2012) un primer punto a tener en cuenta es empezar a distinguir dos aspectos, por un lado, el sexo de las especies macho-hembra que, en el presente estudio alude a la especie humana hombre- mujer y; por otro lado, el género que es lo referido a la identidad y entre ella a lo femenino y lo masculino, en este sentido es específico de nuestra especie ya que nos da el carácter, el sentido de ser y el percibirnos a nosotros mismos. Ese sentido de ser es el que nos permite formarnos en función de nuestro género.

El género se ha construido a través de un proceso dinámico que posiblemente comenzó junto con la posibilidad de entender y explicar la realidad social. Nos referimos a un proceso que continuamente está siendo modelado por principios y creencias fruto del conocimiento colectivo. Un aspecto que se desprende de esta idea son los estereotipos de género que se refieren al conjunto de rasgos y conductas que la sociedad espera de cada sexo. Por lo tanto, el sujeto nace con un sexo que establece expectativas acerca de qué tipo de comportamiento debe tener, a esto se le llama atribuciones de género que implica asignarle a una mujer o un varón distintas cualidades que la sociedad espera de ellos (Murillo, 2000 citado en Camacho et al., 2012).

Dentro de las ciencias sociales así como en los discursos que de él se ocupan, el término género conlleva un significado específico y se explica con una intencionalidad particular. Este significado al que nos referimos se remonta a 1955, momento en el que el investigador John Money con la finalidad de poder caracterizar al conjunto de conductas atribuidas a los varones y a las mujeres planteó el término de “papel de género” (gender role) (Burin, 1996).

La motivación de Money en la implementación de esta nueva terminología estuvo en la necesidad de hallar un término que le permita poder explicar y llegar al

entendimiento de la vida sexual de los sujetos hermafroditas que estaba investigando (Money, 1985 citado en Fernández, 2000). Desde ese momento, esta nueva palabra género se convirtió en un complemento necesario del término sexo (Fernández, 2000).

Gracias al género ahora la vida sexual hermafrodita y sus complejidades podrían ser explicadas, en particular gracias al papel (rol) de género, que fue más eficaz que el reciente término del sexo social o del papel (rol) sexual (Fernández, 2000). Esta nueva terminología tuvo gran aceptación por parte de la comunidad científica internacional, aunque su excesivo uso por parte de autores con diversos enfoques teóricos hizo que la palabra género o papel de género fuera adquiriendo distintos y nuevos significados a los que le había otorgado su creador (Fernandez, 2000).

Sin embargo, Robert Stoller fue quien esclareció conceptualmente la diferencia entre sexo y género basándose en sus estudios acerca de niños y niñas que, dado a problemas anatómicos, fueron educados con un sexo que no era fisiológicamente el suyo (Burin, 1996).

Stoller (1968, citado en Fernández, 2000) en sus investigaciones sobre transexualismo ahonda en el tema llamándolo identidad de género básica, este término comienza a mostrarse muy diferente a los de papel de género o sexo social, que tenían una connotación sumamente social.

Esta acepción conllevó a la concepción hoy dominante de pensar al sexo como lo biológico y al género como lo social (Archer y Lloyd, 1985 citado en Fernández, 2000).

El pensamiento general que tiene que ver con la distinción de sexo y género se basa en que el sexo por un lado, alude al hecho biológico de que la especie humana se reproduce a través de la diferenciación sexual, en tanto que el género está vinculado con el significado que la sociedad le otorga a cada sexo (Burin, 1996).

A la primera parte del comienzo de los estudios de género, que se encuadran específicamente dentro del área clínica, lo continúa una época de un proceso caracterizado por ser fundamentalmente político. Por lo que a partir de la década del 60 se reforzó la idea del género totalmente separado del sexo, en pos de los nuevos aportes de las autoras enmarcadas en la nombrada “segunda ola” de los movimientos feministas (Nicholson, 1997 citado en Fernández, 2000).

Durante el 60, y aún con más profundidad en la década de los 70, los Estudios de Género se dedicaron a desentrañar la formación de la subjetividad femenina, en función del lugar que las mujeres tienen en la sociedad dentro de una cultura caracterizada como

patriarcal. Cuestión que dio lugar a fuertes debates sociales, políticos, económicos, revelando el hecho de que las mujeres eran apartadas en estos espacios (Burin, 1996).

Uno de los reclamos más expresados por parte de las feministas fue el de la feminización mundial de la pobreza y el de la casi nula representación de las mujeres en las instituciones públicas, que son dos cuestiones que manifiestan la conveniencia de reemplazar el sexo por el género (Fernández, 2000).

La acción de los movimientos feministas de los años sesenta y setenta se focalizó en desafiar a las organizaciones políticas, sociales y económicas que distinguían a los hombres y mujeres, planteando otras propuestas que implicaban más igualdad (Lazarevich, Delgadillo Gutiérrez, Carrasco & Méndez Ramírez, 2006).

Específicamente la década del 70 va a tomar los cambios que se dieron en las dos anteriores, es decir, por un lado va a tener en cuenta la nueva concepción del género frente a la más tradicional del sexo y por otro el hecho de que este nuevo fenómeno del género pueda entenderse independientemente del sexo. La particularidad en los aportes de esta época está en el intento de materializar dialécticamente los aspectos más importantes del género en el sujeto socializado. Concretamente se alude a la creación y el proceso de las nuevas escalas de feminidad y masculinidad (Fernández, 2000).

Tomando como modelo las primeras ideas que fueran desarrolladas durante los años 1935 a 1955, parecía coherente entender que a un determinado dimorfismo sexual biológico –mujer o varón- le pertenecía la misma dimensión psicológica, es decir, feminidad para la mujer y masculinidad para el varón. Se admite, desde este punto de vista, que la masculinidad y la feminidad se representan como un continuo bipolar opuesto, que creía que los individuos que manifestaban un alto grado de masculinidad no poseían feminidad y a la inversa, análogo a la cuestión física de quien era varón no podía ser mujer y viceversa (Fernández, 2000).

Es Bem (1974) quien va a demostrar, a través de la elaboración de nuevas escalas de feminidad y masculinidad, que estas creencias no eran ciertas, dado que estas dos son dimensiones psíquicas que son independientes una de la otra – no podían considerarse como un continuo bipolar opuesto-, es más, también son independientes del dimorfismo sexual biológico. Su principal fuente de inspiración para la concreción de este trabajo la encuentra en las investigaciones de Parsons y Bales (1955) acerca de los dominios de los “instrumental” y lo “expresivo”. El trabajo de Bem consiste en la posibilidad de materializar esos dominios, que en un principio fueron conceptualizados de manera muy laxa, a través de elementos muy concretos que son los que conformarán

las nuevas escalas de masculinidad (independiente, competitivo, ambicioso,...) y feminidad (afectuoso, entusiasta de los niños, gentil, ...) (Fernández, 2000).

Mediante la corroboración empírica de la independencia de las escalas entre sí y a su vez de éstas con el dimorfismo sexual biológico, Bem va a establecer cuatro tipos de sujetos independientemente del sexo que tengan: aquellos que son andróginos, que tienen puntajes altos en la escala de feminidad y masculinidad; los masculinos, que tienen puntajes altos (por sobre de la mediana) en las escalas de masculinidad y por debajo en la de feminidad; aquellos que son femeninos, que son los que muestran altos puntajes en la escala de feminidad y bajos en la de masculinidad; y por último los indiferenciados, que puntúan bajo en las dos escalas. Siendo así, cada individuo, con el mérito que tiene la revolución sexual de los 60 en este hecho, podría desempeñarse sin depender de su orientación sexual, es decir, como bisexual, heterosexual, homosexual o desistir de ejercer su sexualidad –asexual- y por otro lado, como andrógino, masculino, femenino o indiferenciado. La persona andrógina configuraba la solución para el problema entre los sexos y además implicaba un deseo para los movimientos de liberación de la mujer y a su vez exigía un cambio en el varón. Ahora tanto varones como mujeres, manteniendo indemne su particular dimorfismo sexual, tendrían la posibilidad de participar en cualquier tipo de evento social y laboral, sin tener que darle importancia a las suposiciones sociales masculinas o femeninas (Fernández, 2000).

La finalidad de Bem es “evaluar el grado en el cual las definiciones culturales de los atributos masculinos y femeninos deseables se reflejan en la autodescripción del individuo” (Bem, 1979, p.1048 citado en Barra 2002).

Otro aporte de importancia de Sandra Bem (1981) desde el enfoque cognitivo fue la teoría del esquema de género, en la que trata de elucidar el desarrollo de los roles de género y su incidencia en el pensamiento y la conducta de los sujetos. Define al esquema como un marco cognitivo que nos guía en un tema definido, nos sirve de referencia, ordena nuestras percepciones y nos auxilia en la tarea de recordar, sin embargo hay momentos en los que esos esquemas pueden hacer que distorsionemos tales percepciones y recuerdos sobre todo si no coinciden con el esquema. Específicamente esta teoría propone que todos poseemos un esquema de género (un conjunto de particularidades físicas, conductuales y de personalidad que relacionamos con los hombres y las mujeres) que nos persuade en el procesamiento de la información, al reflexionar sobre las cosas y dividirlas acerca del fundamento de la categoría del género. Esto puede considerarse, entre otras cuestiones, como una de las razones para explicar la insistencia que tienen los estereotipos, sea en hombres o en mujeres, de

heterosexuales y homosexuales, u otras categorías, dado que lo que hace el esquema es seleccionar o modificar la información para que ésta sea congruente con él (Barra, 2002).

Es así como la utilización y aceptación de una gran cantidad de mitos y estereotipos en relación al hecho de ser hombre o mujer, conforman la base del espacio en el que actuamos los seres humanos. Estos mitos y estereotipos ejercen su accionar de forma continua y metódica, infiltrándose en la vida cotidiana de los sujetos, y es complicado someterlo a la reflexión crítica y cuestionadora dado su automaticidad (Salas, 1996).

Teniendo en cuenta las aportaciones teóricas desde la que se ancla la presente tesis, y de acuerdo al planteo de Gomáriz (1992, citado en Burin, 1996) podríamos entender que las consideraciones acerca del género son todas aquellas que se hicieron en el desarrollo histórico del pensamiento humano sobre las causas y la significación que tiene corresponder a cada uno de los sexos, en tanto, esas causas, que la mayoría de las veces se conciben como “naturales”, en realidad son enunciados de género. A través de este posicionamiento teórico, podemos expresar así de manera extensa los “estudios de género” para describir una parte de la elaboración de pensamientos que han trabajado en esa parte de la experiencia humana: las consideraciones que conllevan ser varón o mujer en cada cultura.

Uno de los aportes principales, desde una mirada descriptiva del fenómeno, es que las formas de pensar, sentir y comportarse de cada género, en lugar de sostener un fundamento biológico o inmutable, tiene una base más bien social referida a las elaboraciones sociales que implican particularidades culturales y psicológicas designadas a mujeres y hombres. A través de esta designación, y por medio de los elementos que aporta la socialización temprana, unas y otros van integrando ciertos modelos de conformación psíquica y social que permiten la feminidad y la masculinidad. Teniendo en cuenta este razonamiento, el género se delimita como un entramado de creencias, rasgos de personalidad, actitudes, sentimientos, valores, conductas y actividades que distinguen mujeres y varones. Esta distinción es fruto de un extenso desarrollo de los cimientos de la historia de la construcción social, que no tiene que ver solamente son las diferencias entre los géneros masculino y femenino, sino que a su vez esas diferencias muchas veces aluden desigualdades de clases entre ambos (Burin, 1996).

Dentro del campo de la psicología, hay un expreso acuerdo entre los expertos de la vigencia y de la utilidad del vocablo género (Fernández, 2000).

Otro aporte teórico que se considera que tuvo gran impacto en los estudios de género fue el de Rubin (1986) y su propuesta del “sistema sexo/género”, ha denominado de esta forma a aquel fragmento de la vida social que es el centro de la dominación sobre las mujeres y algunas partes de la personalidad humana de los sujetos.

El “sistema de sexo/género” se refiere al conjunto de prácticas mediante el cual una sociedad convierte la sexualidad biológica como producto de la acción humana, y por el que se gratifican esas exigencias humanas transmutadas (Rubin, 1986).

Además el sistema sexo/género, es una definición imparcial que alude a ese ámbito y en él se demuestra que la dominación no es inevitable, ya que se da como resultado de los vínculos sociales particulares que lo constituyen (Rubin, 1986).

Más allá de la terminología que se utilice, Rubin (1986) considera que lo significativo es la producción de conceptos para explicar apropiadamente la organización social de la sexualidad y la reproducción de las convenciones de sexo y género.

Lamas (2000) sostiene que al explorar las formas en que mujeres y hombres son concebidos en un ámbito conformado por la *diferencia sexual*, las teorías feministas, a pesar de sus discrepancias, definen al *género* como el conjunto de ideas, representaciones, prácticas y prescripciones sociales que cada cultura despliega en base a la distinción biológica entre los sexos, para, a través de la simbolización y la construcción social, definir lo que es “propio” de los hombres (lo masculino) y lo que es “propio” de las mujeres (lo femenino).

Alcoff & Potter (1993 citado en Lamas, 2000) sostienen que si no tenemos en cuenta el proceso de construcción de la identidad, se hace difícil la tarea de comprender el fenómeno del género y la diferencia sexual. La identidad de una persona tiene que ser pensada colocando al género como un dispositivo en interrelación compleja con otros sistemas de identificación y jerarquía. El modelo teórico que sostiene que el individuo no está dado sino que se constituye en sistemas de significado y representaciones culturales, demanda a sí mismo, que éstos estén circunscriptos en jerarquías de poder.

En pos de derribar concepciones biologicistas, establece Lamas (2000) sólo alcanza con entender que tener una identidad de mujer, tener un estado psíquico de mujer, “sentirse” mujer y ser femenina, es decir hacerse cargo de las características que la cultura le otorga a las mujeres, no son hechos per sé, que estén ligados al hecho de tener cuerpo de mujer. Tener cierta cantidad de cromosomas o tener útero no implica aceptar las condiciones del género y las características femeninas, ni viceversa (es decir en el caso de los hombres). Todo pensamiento que busque unir el cuerpo, género e

identidad carece de fundamento al comprobar en la realidad la cantidad de “identidades” que en la actualidad se observan tanto en hombres como en mujeres.

Es por lo precedentemente desarrollado que hoy en día uno de los cuestionamientos más recurrentes y provocadores que se proyecta al investigar sobre el género y la diferencia sexual están relacionadas con asuntos referidos a la identidad sexual: ahora no sólo se reflexiona sobre la opresión masculina: en este momento se hace necesario analizar la predominancia del pensamiento heterosexista de los sujetos con conductas heterosexuales por encima de los sujetos con conductas homosexuales que no aceptan los hábitos referidos a la prescripción de género en materia de sexualidad y afectividad. (Lamas, 2000)

Siguiendo el lineamiento teórico, se entiende que el género es una construcción social, de acuerdo con Lagarde (1990, p. 61 citado en Salas, 1996) “...(el género) es un conjunto de cualidades económicas, sociales, psicológicas, políticas y culturales atribuidas a los sexos; los cuales, mediante procesos sociales y culturales constituyen a los particulares y a los grupos sociales”.

Salas (1996) considera al género como hijo del proceso de socialización, el que, como es sabido, obedece a las restricciones y exigencias de los diferentes conjuntos humanos. Por lo tanto es mediante el proceso de socialización por el que pensamos, sentimos y actuamos como hombres o mujeres.

En función de lo mencionado anteriormente, existe una cuestión que es indudable, pero que sin embargo por momentos parece ser silenciada: el género no es igual al sexo (Salas, 1996).

Este autor justifica que por sus necesidades específicas cada grupo social proponga razones propias para establecer las diferencias ligadas a cómo debemos ser como hombres o como mujeres. Esta cuestión se entiende, el problema está en la definición rotunda de que si somos uno no podemos ser lo otro, manipulando a los sujetos, y esta cuestión implica para Salas (1996) una mayor demanda para los varones.

La propuesta de Salas (1996) para que se produzca un cambio es que se dé una deconstrucción y una reconstrucción de lo que está socialmente establecido en función del género. Esto implica repensar y volver actuar sobre el cómo hombres y mujeres tienen la posibilidad de entenderse de una manera distinta en la que no haya que estar todo el tiempo queriendo mostrar una imagen para ser aceptados y sentirse bien y actuar, vivir, sino más bien desenvolverse en un vínculo solidario y de cooperación mutua entre los y las seres humanos. No es necesario continuar disimulando en un escenario de diferencias tajantes que se hacen manipuladoras sólo por el hecho de seguir

un juego a algo o alguien que, al fin y al cabo, no se tiene idea de dónde ni quien es, pero que sin embargo, su presencia es indiscutible.

Portatadino (2012), al respecto, señala que:

Una de las definiciones de Femenino es: Relativo a la mujer: *institución femenina*. Que es propio de la mujer: *ademanes femeninos; tiene un andar muy femenino*, y viceversa con Masculino. Entonces no hablamos sexológicamente de hombre o mujer, la mujer va a seguir siendo mujer, al igual que el hombre, acá no discutimos el sexo. Todo lo contrario acá se intenta sincerar la imagen y el nombre que la persona representa ante la sociedad y por la cual es conocida, por eso hablamos del género, del ser y sentir de la persona el cual tiene que ser concordante su imagen con la identificación. De allí que corresponda darle a la identificación el valor que le corresponde mediante dos medios: la aceptación del género como lo que representa la persona ante la sociedad, y la justa importancia del sexo como valor de identificación. El sexo es la privacidad de cada persona y no se exhibe ni en barrio ni en la calle, lo que la gente ve es el género y es lo que tiene que estar de acorde a la identificación. (p.61)

Por otra parte, Guibourg (2012) realiza una apreciación política del tema, no solo en lo que se refiere a la aprobación o rechazo de las propuestas legislativas, sino también en cuanto a la justificación de las leyes, que son consideradas igualmente de juiciosas pero son más abarcativas que las primeras. La división entre hombres y mujeres, claramente se justificó en función de la parte morfológica y fisiológica, y fue útil a través de los siglos para afirmar la hegemonía del hombre sobre la mujer y para consignar a cada sexo a desempeñar competencias que, como lo imponían la educación y las instituciones así como la cultura, le mostraban como “propias” para someter a las mujeres a la sombra de la sumisión, la mayoría de las veces lejos de las resoluciones políticas y económicas, dentro de ellas las domésticas también. Esta cuestión fue cambiando y mejorando en el desarrollo histórico, sobre todo con más rapidez desde el siglo XIX, de manera acelerada en el siglo XX y con un fuerte posicionamiento

ideológico en lo que va del siglo XXI. Todavía la mujer no ha llegado en la cotidianeidad a la igualdad que se merece, sin embargo en cuanto a la gestión legislativa, específicamente en Argentina, se ha omitido y hasta vedado toda segregación o apartamiento fundamentado en el sexo, género o como se llame.

Este camino que se dirige hacia la equidad entre mujeres y varones no significa, de hecho, que estén proporcionadas todas las situaciones para la equidad en la gestión y la implementación del aspecto jurídico. El obstáculo se articula en los valores culturales estereotipados, y en la institucionalización de los vínculos asimétricos al interior de la familia, la pareja y la sociedad. Es por eso que las exigencias femeninas actualmente no se dirigen fundamentalmente a la igualdad en el marco de la ley con los varones sino a reclamar y debatir en modo abarcativo los vínculos sociales entre los géneros (Jelin, 1998 citado en Petracci & Mattioli, 2008).

En los estudios interdisciplinarios de género ha tenido un papel preponderante el ámbito cultural y social en el que se desenvuelven los sujetos estudiados (Meler, 2010).

De tal manera las problemáticas y su resolución, tanto subjetivos como relacionales, se descifran en el seno de ese encuadre teórico teniendo en cuenta a las representaciones colectivas y los valores dominantes como claves eficaces, es decir, la manera en que el conjunto social de los sujetos se han desarrollado, han elaborado sentidos y normativas que determinan ciertos deseos, características psíquicas y conductuales, e impiden otros de acuerdo con el precepto dirigido al sujeto en cuestión (Meler, 2010).

En palabras de Tajer (2009):

Si queremos abordar la salud de mujeres y varones desde una perspectiva de equidad, nos percataremos que los problemas femeninos están basados en su mayoría en cuestiones relativas al empoderamiento y carencia de recursos. Por su parte las problemáticas de los varones son del orden de los costos de poder sostener o no la hegemonía, por lo tanto son cuestiones más ligadas a los excesos y a la exposición a riesgos.(p. 9)

Para finalizar este apartado, Tajer (2009) propone que para constituir un enfoque de género en Salud es menester considerar que las desigualdades sociales entre hombres y mujeres constituyen distintitos procesos en lo que respecta al círculo salud-enfermedad-atención para los dos grupos genéricos.

2.1.1. Acerca de las diferencias entre hombres y mujeres

Tanto hombre como mujer son iguales, ya que ambos son personas, pero no es uniforme esa igualdad dado que el varón y la mujer difieren no solamente en los roles que desempeñan, además por la manera en que ambos se complementan. La existencia del dualismo de sexos implica una falta por parte de cada sexo y da lugar a la necesidad de complementariedad, no se apunta a representar al hombre como lo masculino y a la mujer como femenino. No hablamos de caracteres sólo femeninos o caracteres sólo masculinos, sino que ambos de la mejor forma desplieguen sus cualidades juntos, sin que un sexo limite a otro (Platone, 2007 en Araguez 2012).

Crawford y Chaffin (1997 citado en Bonilla Campos, 2010) se preguntan “¿Deben las ciencias sociales estudiar las diferencias sexuales?” (p. 81). Algunos especialistas consideran que los aportes científicos tienen la posibilidad de desmitificar papeles y estereotipos asignados a las mujeres, o reformular varias investigaciones que se han focalizado solo en los hombres, dando a conocer un falso universalismo. Esta reformulación es necesaria, por ejemplo, en el área de la salud, en la que la tendencia androcéntrica conlleva a resultados desafortunados (se sistematizan las características de un cuadro clínico y recetas médicas que se basan solamente en estudios realizados a hombres), hasta considerar como patológicos ciertos funcionamientos y procesos fisiológicos que son particularmente de las mujeres así como su farmacología (por ejemplo menstruación y menopausia) (Bonilla Campos, 2010).

Tal como lo remarcan otros estudiosos en el tema, el cuestionamiento no se centra en el estudio de las diferencias en sí, de hecho está aceptado que las personas somos diferentes entre sí, así como también es verídico que hombres y mujeres se diferencian en posicionamiento social y poder, ciclos vitales y en procesos reproductivos. El cuestionamiento está en saber cuál es la norma de comparación, que un grupo se instituya como lo normativo, ideal o modelo absoluto y utilice el lenguaje de la diferencia para sostener su estatus social (Tavris, 1993 citado en Bonilla Campos, 2010).

Tavris (1993 citado en Bonilla Campos, 2010) propone que entendamos que lo más importante en referencia a las diferencias entre los sexos está más específicamente en las costumbres sociales y simbólicas –dentro de ellas el desarrollo de la ciencia psicológica- en que se constituyen como distintos, como así también las consecuencias de esa constitución en las relaciones de poder de género.

Naifeh y White (1991 citado en Salas, 1996) caracterizan a la masculinidad como un ritual sin fin dado que continuamente el hombre tiene que estar haciéndose valer; todo el tiempo hay que estar demostrando y hablando para afirmar su aspecto. Cualquiera sea la señal, por ínfima que sea, que implique una falta de masculinidad, tiene que restringirse rápidamente para que no aparezca ninguna intrusión a la seguridad masculina. Es por esto que los varones están permanentemente esperando esos signos, sin embargo, esta cuestión no es sólo de los hombres.

La complicación está en el miedo de no ser considerado hombre porque se descubre o lo encuentran pensando, sintiendo o actuando con lo que está determinado para el mandato femenino. En este punto es donde se pone en funcionamiento esa separación manipuladora de qué es lo que deben ser los hombres o las mujeres. Se naturaliza (sexo) lo que en realidad está constituido socialmente (género). Por lo tanto, sólo se es hombre cuando se está de ese lado, si se entra en la otra parte, la femenina, ya no se puede ser hombre. Esta cuestión en nuestra sociedad ciertamente es preocupante (Salas, 1996).

De esto se derivan los comportamientos o actitudes que podemos observar, como evitar el contacto con niños por ejemplo, hasta la homofobia expresada en forma irracional y en altos niveles de intolerancia, así como también la competencia entre hombres por la batalla permanente en la conquista de mujeres que en algunos hombres funciona con el mecanismo de validación anteriormente expresado (Salas, 1996).

Pero este condicionamiento no sólo actúa en los hombres, también lo hace con las mujeres – en diferentes roles -. Justamente un aspecto de la implícita garantía de estos procedimientos es que ejercen su efecto en los integrantes de uno u otro género, en un sistema que apunta a que ambos géneros se complementen unos con otros (Salas, 1996).

En cuanto a las mujeres, Burin (1996) establece que lo que impacta a su salud mental tiene que ver con la conformación de ciertos roles de género considerados como únicamente femeninos: el rol maternal, el rol de esposa, el rol de ama de casa. En su origen, estos roles implicaban entornos afectivos con la finalidad de ejercerlos con vigencia: para el rol de esposa, la docilidad, la comprensión, la generosidad; para el rol maternal, la amorosidad, el altruismo, la capacidad de contención emocional; para el rol de ama de casa, la disposición sumisa para servir (servilismo), la receptividad, y ciertos modos inhibidos, controlables y aceptables de agresividad y de dominación para el manejo de la vida doméstica. Estos roles en relación con las áreas de poder predominantes en las cuales desarrollan sus vidas cotidianas gran cantidad de mujeres

en la cultura patriarcal han generado gran malestar psicológico en las mujeres según esta autora.

Todavía quedan por solucionar problemáticas importantes en cada grupo, en los que las diferencias muchas veces son muy grandes ya sea por país, por cultura, por etnia, por condición económica, etc. Para ejemplificar y tener en cuenta: no es el mismo el contexto de la mujer campesina, indígena latinoamericana que el contexto de sus semejantes que viven en las ciudades y aquellas que son profesionales, más allá de que tengan en común algunas particularidades y circunstancias difíciles (Salas, 1996).

2.2 Rol Sexual

Es preciso aclarar que aquello que en nuestro país se conoce como “rol de género”, Barra lo identifica con el concepto de “rol sexual”, entendiéndolo como formas tipificadas de comportarse sexualmente, es decir, como aquellas conductas que son socialmente esperadas y aprobadas en cada sexo mediante el aprendizaje y desempeño de las mismas (Barra, 2002).

Teniendo en cuenta el progreso al que han llegado los estudios de género y las investigaciones de las diferencias sexuales en la disciplina psicosocial, surge el concepto de rol sexual como el punto de partida para la comprensión de las diferencias en los sujetos teniendo en cuenta sus actitudes y comportamientos sociales (Barra, 2002).

Barra (2002a citado en Barra, 2002b) lo define como:

El concepto de rol sexual corresponde a lo que tradicionalmente se ha llamado masculinidad y feminidad y puede ser definido como las expectativas acerca de cuáles son las características de personalidad y las conductas apropiadas para cada sexo, desde el punto de vista social. Este concepto se refiere al aprendizaje y desempeño de los comportamientos socialmente esperados y aprobados para cada sexo, es decir, de aquellos comportamientos tipificados sexualmente. A diferencia de la identidad sexual que se establece tempranamente en la infancia, el rol sexual se va estableciendo más lentamente, no tiene carácter sólo cognitivo y se

consolidaría durante la adolescencia, en interacción con los cambios físicos, sociales y sexuales asociados con esa etapa de desarrollo.(p.12)

Los estudios en torno a la orientación de rol sexual pueden tener dos perspectivas: la continua-dimensional o la categórica. La perspectiva continua incluye la medición del grado de masculinidad y el grado de feminidad de cada sujeto, sea hombre o mujer, para relacionar por separado cada una de estas dimensiones con otros factores o variables. Por otro lado, en la perspectiva categórica se realiza una clasificación de los sujetos en categorías de orientación de rol sexual según los niveles relativos en las dimensiones de masculinidad y de feminidad (Bem, 1975 citado en Barra, 2010).

Toda cultura cuenta con la existencia de una pauta normativa para los roles sexuales que señala en qué conductas varones y mujeres son diferentes y en cuáles obtienen el reconocimiento social, esto constituye una obra histórica-social con cambios significativos de una cultura a otra. Son los estereotipos o patrones de género los que expresan la tipificación de los papeles sexuales basándose en las consideraciones de cómo deben ser los hombres y las mujeres y están constituidos por un conjunto de cualidades que incluyen comportamientos, actitudes, habilidades y rasgos personales, entre otros. Los patrones de género incluyen las categorías de masculinidad y feminidad que se refieren a imágenes determinadas de aspectos somáticos y conductuales diferentes en hombre y mujeres (Lazarevich, et al., 2006).

Según Marta Lamas (Lamas, 1986 citada en Lazarevich, et al., 2006) “no hay comportamientos o características de personalidad exclusivas de un sexo. Ambos comparten rasgos y conductas humanas” (p. 173). Esto originó una motivación para elaborar instrumentos que permitan la medición de la masculinidad y feminidad y comenzar a realizar aportes científicos acerca de los roles sexuales que podían ser factores de reestructuración social (Lazarevich, et al., 2006).

Toda sociedad establece cuáles son las características estereotipadamente masculinas o femeninas, manifestando así una ideología específica acerca de los roles de género. Person y Ovesey (1983 citado en Vega, 2007) llamaron a la serie de conductas propias de cada género mediante las que hombres y mujeres se distinguen: “identidad de rol genérico”. Se refiere a un fenómeno complejo en el que confluyen una gran cantidad de variables, como las propiedades psicológicas del individuo, la anatomía del sujeto, los modelos educacionales y culturales relacionados a los valores, preceptos y mandatos, así como también las prescripciones que marcan una socialización diferente para los varones y las mujeres.

Con su advenimiento, el Inventario de Rol Sexual de Bem (IRSB) se transformó en el instrumento que más se dedicó a la medición de la orientación de rol sexual, una de las razones es que tiene propiedades psicométricas apropiadas en lo que se refiere a su consistencia interna y además a su estabilidad temporal (Barra, 2002).

Gran cantidad de investigaciones han comprobado la incidencia de la variable rol sexual en interesantes y muy distintos aspectos psicológicos (Barra, 2002).

Más allá de que el IRSB hasta hoy sigue siendo el instrumento más usado para la medición de la orientación de rol sexual (Hoffman, 2001 citado en Barra, 2002), el periodo tanto como el ámbito cultural en el que fue desarrollado exigen la posibilidad de elaborar un instrumento que sea más apropiado para el contexto cultural y que también sea un reflejo de las transformaciones más preponderantes que al parecer se fueron suscitando a nivel social en los conceptos de los roles sexuales y los atributos más ajustados en función de cada sexo.

Por esta razón, Barra construye en Chile una medición actual y ajustada culturalmente de la masculinidad y la feminidad con alumnos universitarios, el Inventario de Rol Sexual (Barra, 2002).

En el estudio realizado por Barra (2010) en alumnos universitarios chilenos, en lo que se refiere a la orientación de rol sexual, suministró el inventario elaborado por él y además estudió el Bienestar Psicológico, las conclusiones más importantes fueron que generalmente los indicadores de bienestar manifestaron tener más relación con la masculinidad que con la feminidad, que las personas indiferenciadas mostraron bajos niveles de bienestar psicológico que las demás categorías de orientación de rol sexual, en tanto que los andróginos aparecían generalmente con más altos niveles de bienestar y sólo en una de las seis dimensiones del bienestar psicológico se pudo observar que había diferencia significativa de género. Asimismo también se encontró una diferencia significativa de género en las escala de feminidad, no así en las escalas de masculinidad, explicado por los cambios en los valores culturales en la exigencia de las mujeres de incorporar aspectos de masculinidad en el desempeño del rol femenino.

García-Mine Freire (2004) con el propósito de presentar una adaptación en España del IRSB y teniendo en cuenta los distintos momentos evolutivos, por un lado elabora un inventario para el primer período de la edad adulta y otro para el segundo periodo de la edad adulta y la vejez, dado que esta autora tomó en cuenta la naturaleza holística de la masculinidad y la feminidad, considerando que se requiere de un estudio que visibilice los posibles efectos que las diferentes etapas evolutivas ejercen en la percepción y adquisición de los estereotipos de rol de género. Para García-Mine Freire

(2004) las exigencias familiares y sociales que implican tener una determinada edad influyen en el grado de rigidez o flexibilidad vivido en la concepción que varones y mujeres tienen de los estereotipos de género. Su trabajo concluye en la evaluación que hacen estos grupos etarios de los enunciados de ambas escalas (masculinidad-feminidad): para los dos grupos etarios, la masculinidad en su componente negativo se define como personas individualistas, que se manifiestan de forma agresiva sin por ello sentirse incomodas, dominantes, sin empatía y que no tienen en cuenta a los demás, en cambio la feminidad difiere según el momento evolutivo, por lo que requiere de una serie de dimensiones diferentes en la elaboración de la escala. Mientras que para la muestra de universitarios, el componente negativo de la feminidad se relaciona con la desconfianza, los recursos cognitivos y las habilidades para relacionarse con el entorno, ya que se considera que la persona se muestra vulnerable, inhibida, insegura y tímida antes los otros. En cambio para la muestra de adultos del segundo periodo de la edad adulta y la vejez, su percepción de los rasgos de personalidad negativamente deseables, pero prescritos socialmente para las mujeres, es muy semejante a la percepción que los y las estudiantes tienen de algunas de las dimensiones que se consideran positivamente deseables para la mujer. Para la muestra de adultos, la feminidad, en su dimensión negativa se refiere a una persona que tiene dificultades para ser asertiva y que tiene una gran ingenuidad. Estas características en las muestra de universitarios se considera de forma positiva, pero, para los adultos mayores de 40 años es considerada negativamente deseable. Sólo coinciden en señalar a la inseguridad en las relaciones interpersonales como un aspecto socialmente negativo de la feminidad. Por lo tanto, sostiene que al parecer, la concepción semántica de la feminidad es la que va cambiando según el momento evolutivo del sujeto.

En la investigación llevada a cabo en México por Lazarevich et al. (2006) donde se estudiaron las tipologías de los roles sexuales haciendo uso del IRSB como así también del Cuestionario de Atributos Personales en una población de alumnos de universidad, hallaron que existe una muy variada tipología de roles de género en hombres y mujeres, que no condice con el modelo tradicional de ese país (caracterizado por ser patriarcal ya que se premian las conductas del hombre y se devalúa a la mujer).

En Argentina, la validación de IRSB realizada por Vega (2007) en población adolescente concluyó que la mayor parte de las mujeres de la muestra se situó en la *clase femenina* y la mayor cantidad de varones lo hizo en la *clase masculina*. Esto se podría explicar desde la exigencia por parte de la sociedad de tener que posicionarse en los roles estereotipados de su propio género, como consecuencia de un modelo

identificadorio común en las primeras subfases adolescentes. En lo que respecta a la androginia, a los hombres argentinos no les cuesta tanto incorporar aspectos femeninos, como a las mujeres poder incorporar como suyos aspectos masculinos.

La tesis realizada en Venezuela por González (2002) que investigó las actitudes hacia el amor, rol sexual y el autoestima en mujeres víctimas de violencia de género en comparación con mujeres no víctimas de violencia de género, observó que en el conjunto compuesto por las mujeres víctimas de violencia, confluyen estilos amorosos con dominancia a la pasión, la amistad y el compañerismo y asumen roles sexuales más femeninos. En cuanto al conjunto compuesto por mujeres no víctimas reflejaron puntajes más altos en la escala de masculinidad, mostrando mayor identificación con características relacionadas a la independencia, seguridad, dominancia, ajustados al rol sexual masculino.

Araguez (2012) con el objeto de estudiar la relación entre Bienestar Psicológico y la Orientación del Rol sexual en parejas homosexuales y heterosexuales en concubinato, realizó la clasificación de los sujetos en función de la categorización de los roles sexuales (masculinidad- feminidad), respecto a los roles sexuales asociado al bienestar psicológico, concluyó que los sujetos homosexuales masculinos tienen mayor nivel de autonomía y los femeninos de aceptación a sí mismos, de control de las situaciones, metas y proyectos. En el caso de los sujetos heterosexuales masculinos tuvieron un mayor nivel de aceptación de proyectos y de autonomía y los femeninos sólo de autonomía.

Las diferencias de género que se hallan en la masculinidad y feminidad es posible relacionarlas en torno a las distintas presiones sociales que afrontan tanto hombres como mujeres en la concreción de su rol sexual. Por un lado a las mujeres se les exige que desplieguen aspectos femeninos, que se consideran muy importantes en contextos afectivos y emocionales, pero a su vez debido a que cada vez tienen mayor presencia social también se las presiona para que desplieguen características masculinas que son más reconocidas socialmente como ser asertivas, emprendedoras y que tengan éxito académico o profesional. Por otra parte, la demanda social en los hombres está en que desempeñen su rol masculino con mayor obligación que la exigencia de las mujeres en cuanto a su rol femenino, pero sin ninguna presión de incorporar aspectos femeninos en su personalidad. Como consecuencia, hombres y mujeres deberían ser más similares en masculinidad que en feminidad según Barra (2004).

2.3. Actitudes Hacia el Amor

Es tan arduo hallar una definición para el amor dado que es un fenómeno del que han surgido variadas conceptualizaciones algunas muy abarcativas y otras ambiguas ya que se pueden emplear para reacciones afectivas fuertes como podrían serlo duelos o violaciones. Cada aportación conceptual se focaliza en uno u otro aspecto según el posicionamiento teórico de cada autor. Asimismo, el amor al estar en permanente cambio en el curso de una relación, se configura como un proceso dinámico en tanto que su conceptualización va a cambiar dependiendo del estado de la relación. Diversos estudios de diferentes disciplinas han aportado datos que muestran visiblemente que la pasión en el inicio de una relación va disminuyendo paulatinamente, y que eso en conjunto con el progresivo aumento del compromiso, le sigue una fase de amor compañero que perdura aproximadamente dos años en la generalidad de los casos (Fisher, 1992 citado en Ubillos et al., 2002).

Existen abordajes teóricos que han diferenciado amar y gustar (Rubin, 1970).

Otras diferencias que se han establecido es entre amor y compromiso, sin embargo algunas teorías como la de Sternberg, (1986) conciben al compromiso como parte del amor (Zubieta, 2001).

Hendrick & Hendrick (1992, citado en Zubieta, 2001) no proporcionan un concepto definitivo de amor en vez de eso proveen en forma generalizada argumentos para la presencia del amor mediante las propuestas teóricas, no niegan que probablemente exista una relación de las vivencias actuales que existen entre sexualidad y amor.

Por otra parte también existe una concepción biológica respecto del amor que sostiene que el amor es algo que se halla inmerso en los genes, como un aspecto de la herencia evolutiva y; por otro lado, en oposición a este aporte, la posición sociológica que afirma que el amor se halla inmerso en los modelos de vínculos sociales y que implica concepciones de sí mismo (self) y del papel que uno mismo desempeña en referencia a otros (Zubieta, 2001).

De manera más amplia, el amor se define como una intensa orientación afectiva hacia otro individuo y en términos generales, dirigido a un animal o conjunto de objeto o personas. Generalmente, el amor erótico hacia un compañero sexual se diferencia del amor no sexual, por ejemplo como el de un padre hacia su hijo y viceversa (Brenlla, Brizzio y Carreras, 2004).

Para Casullo (2005 citado en Camacho et al., 2012) desde la disciplina psicológica el amor fue caracterizado como una emoción compleja que se apoya primordialmente en la necesidad de apego y pertenencia, posibilita el contacto y la relación con ciertas personas, objetos y hechos, además permite el disfrute de la intimidad del contacto físico y psíquico, así como también ha sido comprendido como una expresión de diversos sistemas motivacionales.

Sangrador (1993, citado en Camacho et al., 2012) expone tres formas de comprender al amor: como una actitud (tendencia a sentir, pensar y actuar de una manera determinada con una persona), como una emoción (sentimiento que involucra respuestas fisiológicas) o como una conducta (asistir y prestar atención a lo que necesita una persona).

Amar implica una forma de vincularse y establecer una relación con otro, es por eso que se le da un espacio significativo en la cotidianeidad de nuestras vidas, por lo que es una de las temáticas más típicas en las distintas expresiones artísticas, sean canciones, películas, poesías, entre otros (González, 2002).

En estos términos, el amor se filtra en cada parte de nuestra existencia, ya sea desde lo político y social, hasta lo más personal e íntimo, es por eso que distintos autores se han focalizado en el análisis del amor, ya sea desde el arte, la filosofía y la ciencia, etc. Entre esos autores está Fromm, para él el amor implica una actitud, una tendencia del carácter que define qué tipo de relación tiene una persona con el mundo como totalidad, es decir que no sólo se refiere a una relación con una persona específica (Fromm, 1980 citado en González, 2002).

Una de las tantas aportaciones teóricas que permitieron la medición de este concepto fue la proposición de Lee (1973;1976) quien elaboró una categorización de los distintos acercamientos al amor. Después de un largo proceso de entrevistas y técnicas de complejo análisis de datos, Lee expuso una tipología de estilos de amor que forman un círculo cerrado. Con este estudio reconoció tres tipologías primarias de estilo de amor: Eros (amor romántico y pasional), Ludus (amor lúdico), Storge o Amistad (amor-amistad); y tres estilos secundarios que se derivan de la combinación de los primeros que son Manía (amor posesivo y dependiente), Pragma (amor lógico y práctico) y Ágape (amor altruista). Esta tipología la realizó estableciendo una semejanza con los componentes químicos, los elementos secundarios serían mutaciones cualitativas de los estilos primarios básicos. En la tipología Manía se conjugan Eros y Ludus pero se distingue a nivel cualitativo de los dos primarios. De igual manera, Pragma se da como resultado de la combinación de Storge y Ludus pero tiene características muy diferentes

a estos. Así también se da con Ágape que surge de la mezcla Eros y Storge. Una apreciación significativa de esta semejanza con los componentes químicos es que la correlación de los seis estilos es lógica y cada uno conserva sus propiedades cualitativas independientes de los otros. En conclusión no es que hay un solo modelo de amor si no que hay diversas y variadas formas de amar y todas son igualmente validas (Hendrick y Hendrick, 1986 citado en Brenlla, Brizzio y Carreras, 2004).

La premisa de *Eros* o el amor romántico es el atractivo físico que es una cuestión relevante, incluyendo el aspecto sexual y la aspiración de una relación intensa. El sujeto que se posicione desde el estilo Eros considera al amor como algo importante pero tampoco está pendiente de él ni obliga a su partenaire a la intensidad en el vínculo, más bien prefiere dejar que los hechos fluyan entre ambos. El atributo principal es la confianza en sí mismo y gran autoestima. Para el sujeto *Ludus* o para el amor Lúdico, amor y sexualidad implican un juego de goce mutuo y sin compromisos. Esta forma de amar puede manifestarse con más de una persona, es decir, realizar actividades con distintas personas, pasar el tiempo y gozar de eso así como también están preparados para prevenir esos momentos por si la otra persona se involucra mucho en la relación. Esta forma de amar no aspira a una apariencia física en particular, al contrario disfruta de todo tipo de acompañante y considera al sexo como una manera de pasarla bien más que como una involucración profunda. Más allá que desde la moral, este amor tiene un concepto negativo, el amante Ludus siempre trata de manifestar muy claramente las reglas del juego antes de iniciar la relación. *Storge* (terminología griega que alude al afecto parental) implica un amor más amistoso, más comprometido y que es más paulatino y prudente. Más que un amor revolucionado, es un amor que va evolucionando. Este tipo de amor se centra en el compañerismo y de entablar un vínculo de confianza que se establece con el partenaire que tiene que tener los mismos valores y actitudes. Esta semejanza es más significativa para Storge que el atractivo físico o el deseo sexual dado que este amor se focaliza en hallar un compromiso que sea perdurable en el tiempo que una pasión de corto tiempo. Como lo expresa su nombre, *Pragma* sugiere un amor pragmático basado en cuestiones más prácticas – amar a una “persona buena”- esto implica tener en cuenta la edad, el nivel de formación, el medio social, la religión o la capacidad de ser un buen padre o una buena madre. Es distinto que Storge dado que éste puede desarrollar una relación amorosa sin preocuparse por la familia o el entorno social, ya que Pragma si establece condicionamientos al inicio de la relación. Por otra parte, *Manía* se basa en un amor de posesión sobre el otro, fuertes estados emocionales, celos y la exigencia de que el otro le asegure su amor todo el

tiempo. El amante maniaco está en la búsqueda del amor pero cree que ese amor implica sufrimiento. Estos sujetos obligan a la pareja al compromiso sin esperar que la relación se desenvuelva naturalmente y ese “obligar” es lo que genera que el vínculo finalice afirmando los celos del amante maniaco. Finalmente, el estilo más peculiar de la tipología de Lee es *Ágape*, un amor venerado en el universo romántico. Es un amor totalmente generoso, que se inquieta por la felicidad del otro no pide nada a cambio, este amor representa un ideal en el que la sexualidad y la sensualidad no son importantes (Zubieta, 2001).

Con el surgimiento de la tipología presentada por Lee fueron variadas las pruebas para cuantificar las distintas formas de amor. Pero fue la Escala de Actitudes hacia el Amor de la que permitió la evaluación de esta tipología a través de una mirada individual de las relaciones amorosas. Lo que sucede es que en vez de clasificarlos como una tipología, trata a estas seis clases de amor como variables, es así como en función de una escala que evalúa los distintos modos de amar, las personas tienen la posibilidad de tener un perfil parecido a los seis tipos diferentes (Hendrick y Hendrick, 1992 citado en Brenlla et al., 2004).

Las argentinas Brenlla et al. (2004) se propusieron evaluar las propiedades psicométricas de la escala de actitudes hacia el amor (Hendrick y Hendrick, 1986) y el autoinforme acerca del tipo y frecuencia de relaciones amorosas, y por otro lado el tipo de apego, basándose en la validación española de Zubieta (2001).

Sternberg (2000 citado en González, 2002) afirma que las representaciones que existen acerca del amor proporcionan un contexto significativo para entender las relaciones afectivas a través de los prototipos del amor. Estos prototipos, mayormente se visibilizan como ideales y se tornan en una estrategia para hacer comparaciones de pensamientos, sentimientos y acciones. La entrega es considerada una de las acciones más preponderantes para el amor, de hecho la entrega es una de las premisas del amor romántico.

Eagly y Wood (1999, citado en Ubillos et. al, 2002) analizaron que en las sociedades donde existe una mayor igualdad entre géneros se exige suavizar las diferencias sexuales a la hora de seleccionar un compañero para la intimidad, dado que los varones seleccionan jóvenes mujeres que tengan la capacidad de llevar adelante el hogar, seductoras, hermosas, también las mujeres le dan un lugar preponderante a los diversos atributos de un hombre en el momento de elección de pareja, por lo tanto, esto se vincula con los diferentes niveles de jerarquía y papeles sociales entre hombres y mujeres.

Ubillos et al. (2002) consideran que el amor es un fenómeno que no solamente muestra una gran versatilidad inter e intraindividual, además histórica y cultural. Por consiguiente y en función de esta perspectiva teórica y empírica, Ubillos et al. (2002) realizaron un estudio en el que su objetivo principal fue analizar las diferencias culturales y de género en tres conceptos del amor, la tipología del amor y los estilos de apego asociados a ellos, también se tuvo en cuenta la importancia que tiene el sentimiento amoroso a la hora de casarse y la cuáles son las características que se valoran al momento de optar por una pareja. En conclusión, observaron que las culturas individuales y con menos distanciamiento jerárquico conceptualizan al amor de manera menos pragmática y amistosa, preponderan el amor y el atractivo físico y psicológico como atributo para optar por una pareja y se resisten a casarse sin estar enamorados. En cambio, en culturas con menos desarrollo, colectivistas y jerárquicas se les da más importancia a los atributos pragmáticos y al posicionamiento social.

Sin embargo, las cuestiones eróticas del amor no se valoran más en culturas individualistas que en las colectivistas. De hecho el amor erótico se evalúan con mayor importancia en culturas femeninas, de poca competencia, donde se le da gran importancia a la calidad de vida. En estas culturas, además, se presta mayor atención al aspecto físico al momento de optar por una pareja. En fin, todo parece mostrar que las culturas cooperativas, que no enfatizan en las diferencias de género, son erotofílicas (Ubillos et al, 2002).

En las culturas masculinas se destaca el amor como un requisito antes de elegir pareja, sin embargo le dan menor importancia al estilo erótico y más a la castidad, siguiendo el mandato de la ideología romántica tradicional (Ubillos et al, 2002).

En el estudio de las argentinas Brenlla et al. (2004) que tuvieron la finalidad de comparar los resultados obtenidos en su estudio con los de otros países, encontraron que los varones expresaban una actitud Ludus hacia el amor, caracterizada por la diversión y la manifiesta falta de compromiso, en cambio las mujeres que se mostraban como amantes Eros eligieron un amor más pasional y romántico. En su estudio concluyeron que no hay diferencias significativas en las actitudes hacia el amor en hombres y mujeres. De hecho los resultados fueron muy similares en ambos sexos en Eros, Amistad, Pragma, Manía y Ágape, los puntajes medios fueron muy parecidos en ambos grupos; mientras que para Ludus se mantuvieron parecidos los porcentajes de los puntajes medios y bajos; esto indicaría una autopercepción del amor pobre en lo referido a la cuestión de la diversión y al rechazo del compromiso afectivo.

En España, Ferrer Perez, Bosch Fil, Capilla Navarro, Ramis Palmer y García Buades (2008) con el fin de ahondar en el estudio conceptual del amor preponderante en la población española y analizar la diferencias de género y la edad, concluyeron que si bien en su mayoría hombres y mujeres aceptan los mismos estilos de amor, esto cambia ligeramente el orden en uno y otro caso (Eros, Ágape, Storge y Pragma en los varones y Eros, Ágape, Storge y Pragma en las mujeres). Por lo que los hombres en general muestran mayores niveles de aceptación del estilo Eros y Ágape. Las mujeres, por su lado, muestran una mayor aceptación con el estilo Pragma hacia el amor y rechazan a Ludus. Los altos puntajes que se muestran en el estilo Eros tanto en hombres como en mujeres, indican la gran valoración social del amor romántico en la muestra que pertenece a esta investigación española.

España cuenta con diversas investigaciones que indagan las actitudes hacia el amor y su diferencia entre hombres y mujeres, entre ellas también está la investigación de García Palma et al. (2012) tomado en una muestra de alumnado universitario, en el que estudian los estilos de amor asociados a las relaciones románticas, hallaron que las mujeres le otorgan más importancia al estilo Eros y los hombres al estilo Ludus, entendiendo la gran valoración que las mujeres hacen por el amor romántico. Asimismo, lo que llama la atención en este estudio es también la valoración que los hombres hacen del estilo Ágape hacia el amor, aún más que las mujeres, mostrando a los hombres más altruistas que las mujeres en la relación amorosa, en lo que respecta a la muestra relevada.

Cooper y Pinto (2008) en Bolivia estudiaron las actitudes hacia el amor y la relación con la teoría de Sternberg en una muestra de jóvenes universitarios concluyendo que la actitud que predomina tanto en varones como en mujeres es la actitud Eros. Por lo tanto, no existe una diferencia entre la actitud hacia el amor en relación al género. Estos autores consideran que es probable que esto se deba a que, al tratarse de una población específica, jóvenes estudiantes, la actitud que prevalece es la del amor apasionado y romántico, ya que en la etapa de sus vidas (jóvenes entre 18 y 24 años) la atracción física tiene un rol muy importante, más que en otras etapas. Igualmente, la atracción emocional cumple un rol importante. Cooper y Pinto (2008) deducen que estos dos aspectos son decisivos, en esta etapa, para la elección de pareja.

En México, Espinoza Romo, Correa Romero, García y Barragán (2014) analizaron la percepción social de la infidelidad y los estilos de amor en la pareja, realizada en una muestra de residentes de una ciudad del citado país, encontraron diferencias significativas entre el sexo y dos estilos de amor: por una lado Ludus, en el

que se hallaron valores de $p=0.12$, siendo este estilo más predominante en hombres que en mujeres, teniendo la muestra masculina la media más elevada que la femenina, lo que implica que la cultura influye en la manera en que hombres y mujeres aman, y eso se manifiesta en el desarrollo del estilo de amor mencionado en el hombre. Espinoza Romo et al. (2014) sostiene que culturalmente parece ser que el comportamiento esperado en la mujer es contrario al estilo Ludus, esperado en los hombres. Otro estilo en el que se encontraron diferencias fue en Ágape con $p < .001$. En este caso también la media es más elevada en el grupo de hombres, entendiéndolo también desde la incidencia de los factores culturales del patriarcado machista en México y la propensión al autosacrificio.

En Reino Unido, Cheung Chung et al. (2002) también analizan diferencias entre hombres y mujeres en los estilos de amar y sus reacciones de estrés postraumático tras la ruptura de una relación, señalan que la diferencia en los estilos de amar entre hombres y mujeres fue mínima. El grupo de hombres tendía a adoptar los estilos Eros y Ágape más que lo hacían las mujeres. Por lo demás, las actitudes ante el amor eran similares. Teniendo en cuenta que la muestra fue tomada en estudiantes universitarios, estos autores marcan la constitución de una “cultura de los estudiantes” como una “subcultura” específica, que comparten ideologías y maneras de llevar a cabo las cosas, y esto incluye los estilos de amar, esto no implica que sean idénticos, sino más bien que reciban influencias de una misma ideología y cultura.

Sin embargo, existe un aspecto muy importante a tener en cuenta y es que muchas de estas investigaciones mencionadas han utilizado al “sexo” y al “género” como sinónimos, por eso es necesario marcar la diferencia. En nuestro país, Camacho et al. (2012) han explicado la existencia de variaciones en las mujeres y los hombres entre sí en función de las distinciones de género. Por lo que el objetivo general de su estudio estuvo primero en determinar si el rol de género influía en las actitudes hacia el amor y los estilos de humor y también cómo lo hacía. Concluyeron que lo que influye en las actitudes hacia el amor y los estilos de humor de un sujeto no es su sexo particularmente, sino las diferencias de género, es decir su grado de masculinidad y feminidad.

El análisis de Camacho et al. (2012) ha mostrado que la feminidad y la masculinidad se hallan relacionados con las actitudes que la gente tiene hacia el amor. Con independencia del sexo del sujeto, cuando más se halla identificado con atributos femeninos, hay mayor relación con Eros ($r = 0,207$; $p = 0,000$), Pragma ($r = 0,153$; $p = 0,000$) y Agape ($r = 0,089$; $p = 0,000$). En tanto, cuanto más atributos masculinos la

persona tiene una tendencia a desplegar una actitud Ludus hacia el amor ($r = 0,122$; $p = 0,002$).

Lo desarrollado precedentemente es válido tanto para mujeres como para los varones, por lo que el estudio muestra que las distinciones no tienen que ver sólo con el sexo del sujeto, sino también con el rol de género con el que se halla identificado. Estas conclusiones son coherentes con investigaciones anteriores dado que los sujetos andróginos muestran un amor más expresivo, afectuoso, desinteresado y tolerancia a las faltas del otro en relación con sujetos que están sexualmente tipificados (Coleman, & Ganong, 1985; Hendrick, & Hendrick, 1986, citado en Camacho et al., 2012).

La tesis realizada en Venezuela por González (2002) que investigó las actitudes hacia el amor, rol sexual y el autoestima en mujeres víctimas de violencia de género en comparación con mujeres no víctimas de violencia de género, concluyó que en el conjunto compuesto por las mujeres víctimas de violencia, confluyen estilos amorosos Fraterno y Lúdus y asumen roles sexuales más femeninos. En cuanto al conjunto compuesto por mujeres no víctimas reflejaron puntajes más altos en la escala de masculinidad, mostrando mayor identificación con estilos de amor Ludus, Ágape y Fraterno.

Asimismo en las relaciones de pareja se pueden encontrar maneras nuevas y distintos estilos de confluir en una relación en la que en la mayoría de los casos comprometerse a largo tiempo no es fundamental, dado que ya nadie puede asegurar que la unión de dos personas sea hasta la muerte, a veces se suceden hechos, que parecen ser externos a la pareja, y que inciden en el vínculo, aspectos como la vida laboral, la formación educativa, las actividades y aspiraciones de cada miembro, los cambios de hogar, los nuevos papeles sociales practicados por las mujeres, la exploración de cosas nuevas, etc., todas estas cuestiones convergen al interior de la relación de pareja. Actualmente, las personas no creen en tener una pareja para concebir hijos o porque el mandato tradicional así lo establece, las relaciones de pareja van adquiriendo nuevos sentidos y cambiando sus consideraciones (Contreras Castañeda, 2008).

Meler (2010) argumenta que indagar acerca de las relaciones amorosas, implica, de modo complejo, realizar un examen de las relaciones de poder. Asimismo, el poder intersubjetivo y la manera en que se ordena y fluye dentro de la relación, obedece inextricablemente y en forma no lineal, al poder social que haya logrado cada individuo, en función de recursos y reputación.

En diversos estudios realizados desde este punto de vista, se muestra como el mito del amor y la manera en que los relatos de pasión amorosa esconden generalmente, opresión y sometimiento (Meler, 2010).

CAPÍTULO III

3. METODOLOGÍA

El propósito del presente trabajo es indagar la relación entre la orientación del rol sexual y la actitud hacia el amor en hombres y mujeres adultos.

3.1 Objetivo general

- Relacionar orientación del rol sexual y actitudes hacia el amor en hombres y mujeres adultos del Área Metropolitana de Buenos Aires.

3.2 Objetivos específicos

- a) Caracterizar a la muestra, según variables sociodemográficas, a saber: edad, lugar de residencia, sexo, estado civil y nivel educativo.
- b) Determinar la orientación del rol de sexual femenino y masculino en una muestra de hombres y mujeres.
- c) Comparar las actitudes hacia el amor, según la orientación del rol de sexual femenino o masculino.

3.3 Hipótesis

H1: Según la orientación del rol sexual que asuma la persona va adoptar una determinada actitud hacia el amor, quienes tengan una orientación hacia el rol sexual masculino, la actitud hacia el amor será lúdica (Ludus), quienes tengan una orientación hacia el rol sexual femenino, será una actitud amistosa (Storge) hacia el amor, más allá del sexo que tenga.

H2: Las mujeres se orientan hacia roles sexuales femeninos, así como los hombres se orientan hacia roles sexuales masculinos según la clasificación de Barra Almagiá.

3.4 Justificación y relevancia

Abordar este tema es de suma relevancia dado que es necesario preguntarse por la naturaleza de los cambios socioculturales que afectan a los roles de género y por sus efectos sobre las actitudes en hombres y mujeres, específicamente respecto a las formas de amar.

Asimismo, poder conocer desde qué roles determinados socioculturalmente se posicionan tanto hombres como mujeres, así como las actitudes que adoptan, en este caso hacia el amor, permite adquirir una posición reflexiva acerca de la influencia de los estereotipos dominantes en la sociedad actual, así como la implementación de políticas preventivas en la perspectiva de género.

Teniendo en cuenta que el amor ha demostrado ser fundamental para la salud psicológica, el género y los roles sexuales nos permiten ver el vínculo con la expresión de esta emoción, es decir, los roles de sexuales pueden facilitar y/o dificultar la manifestación de los estilos de amor. De hecho algunas características que constituyen los roles de género colaboran con el crecimiento personal, mientras que otros son un obstáculo. Por lo que es importante poder analizar cuáles son los aspectos positivos de cada género, para la implementación de técnicas que estimulen la adaptabilidad psicológica de cada sujeto independientemente del sexo que tenga (Camacho et al., 2012).

3.5 Tipo de estudio o diseño

Se realizó un estudio empírico descriptivo y correlacional, de diseño observacional (no experimental) transversal con un abordaje cuantitativo.

3.6 Población

La población estuvo constituida por hombres y mujeres de entre 18 y 60 años que viven en el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA). La unidad de análisis sería cada una de estas personas que cumple con los criterios citados precedentemente.

El AMBA reúne, en una pequeña extensión territorial, una tercera parte de la población de Argentina, resalta por los grandes conglomerados urbanos. En los últimos 20 años, el AMBA ha pasado por importantes cambios. Las profundas transformaciones que sucedieron en la estructura productiva, la distribución del ingreso y los patrones de consumo de Argentina, y, particularmente, de Buenos Aires, han influido de manera significativa en sus modelos de comportamiento (AMBA, 2011).

3.7 Muestra

Se tomó una muestra no probabilística accidental simple, durante el último trimestre del año 2014, compuesta por 150 sujetos (106 mujeres y 44 hombres) que residen en el Área Metropolitana de Buenos Aires, con una edad promedio de 35,53 años (DT=10,330; Mediana= 34 años; Máx.=60 años, Mín.=18 años).

3.8 Técnicas e instrumentos para la recolección de datos

Se utilizó un cuestionario autoadministrado compuesto por:

- *Escala de Actitudes hacia el amor (Hendrick y Hendrick, 1986)*: La escala consta de 42 ítems en una escala tipo Lickert que oscilan desde 1=completamente de acuerdo a 5= completamente en desacuerdo. Todos los ítems se evalúan de forma positiva.

Brenlla, Brizzio y Carreras (2004), basándose en la validación española de Zubietta (2001), evaluaron las propiedades psicométricas del instrumento en nuestro país, el cual presentó un coeficiente de fiabilidad satisfactorio de alrededor de 0,73.

Cabe aclarar que a los fines del presente estudio sólo se utilizaron los 42 ítems de la Escala de Actitudes Hacia el Amor de Hendrick y Hendrick.

- *Inventario de Rol Sexual (IRS) (Barra Almagiá, 2002)*: Esta medida se compone de 30 ítems que están distribuidos en dos escalas: 15 en la escala de masculinidad, y 15 a la escala de feminidad, en una escala tipo Lickert de cinco puntos, que oscilan desde 1= nunca o casi nunca a 5= siempre o casi siempre. La misma ha presentado una adecuada consistencia interna con un Alpha de Cronbach de 0.86 para masculinidad y de 0.82 para feminidad.

Cabe aclarar que en Argentina contamos con una adaptación realizada por Vega (2007), pero no se ha seleccionado para el presente estudio dado que es una validación realizada exclusivamente en población adolescente.

Asimismo, España también cuenta con una adaptación del Inventario de Rol Sexual llevado a cabo por García-Mine Freire (2004), pero tampoco se tuvo en cuenta dado la diferencia sociocultural, y además porque se realizó con la finalidad de analizar las diferencias en grupos etarios, y no es la finalidad del presente trabajo.

- *Cuestionario de variables sociodemográficas*: Preguntas sociodemográficas para la caracterización de la muestra relativas al sexo, edad, nivel educativo, estado civil, si tiene o no hijos (cantidad de hijos).

El cuestionario se presenta en el Anexo.

3.9 Procedimiento

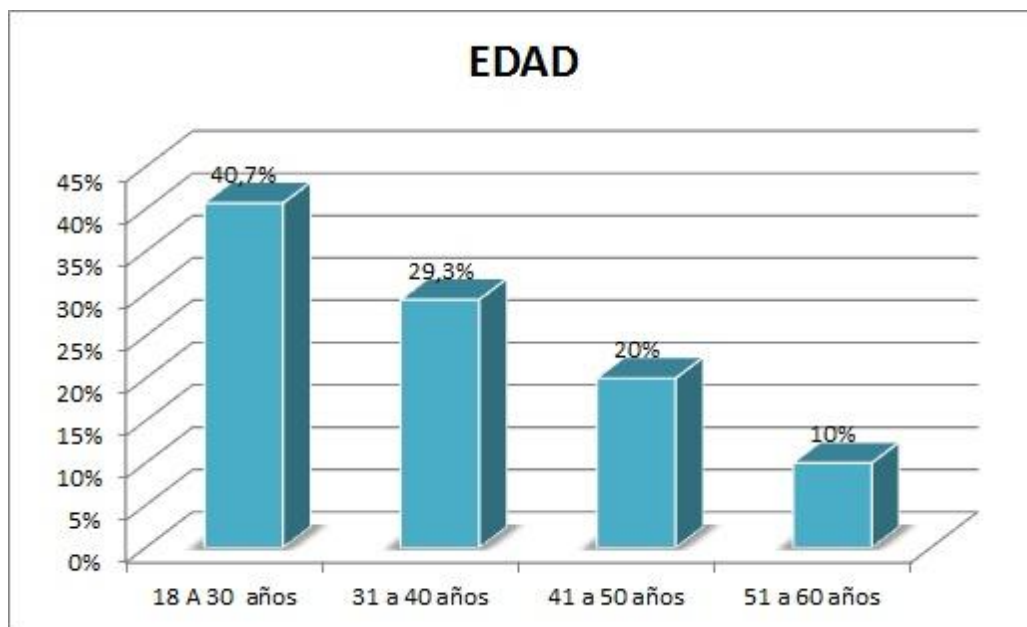
Los participantes contestaron voluntariamente, de forma anónima, un cuestionario auto-aplicado entregado personalmente y respondido sin límite de tiempo en el momento.

CAPÍTULO IV

4. RESULTADOS

4.1. Caracterización de la muestra

Gráfico 1. Edad



En cuanto a la edad, el 40,7% posee entre 18 y 30 años, el 29,3% entre 31 y 40 años, el 20% entre 41 y 50 años y el 10% entre 51 y 60 años. La edad promedio es de 35,53 años (DT=10,330; Mediana= 34 años; Máx.=60 años, Mín.=18 años).

Gráfico 2. Sexo

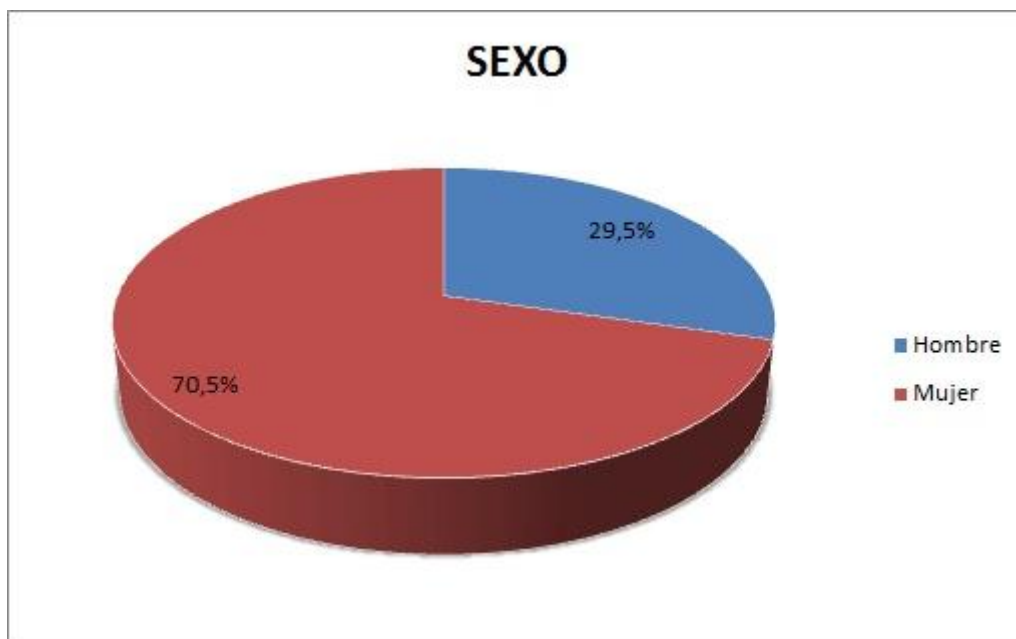
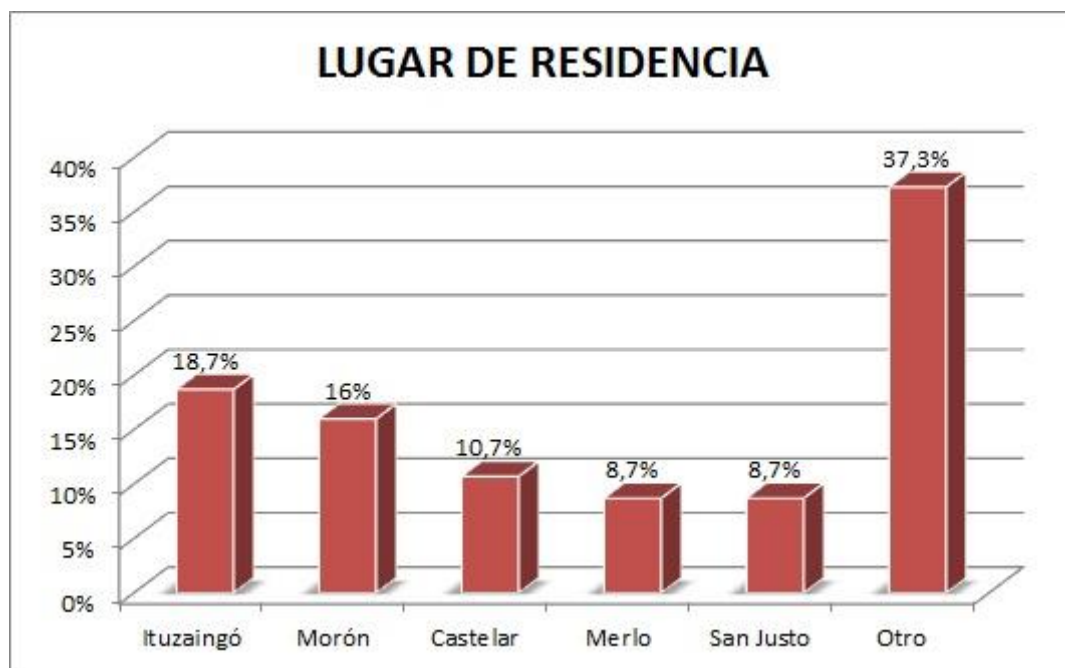
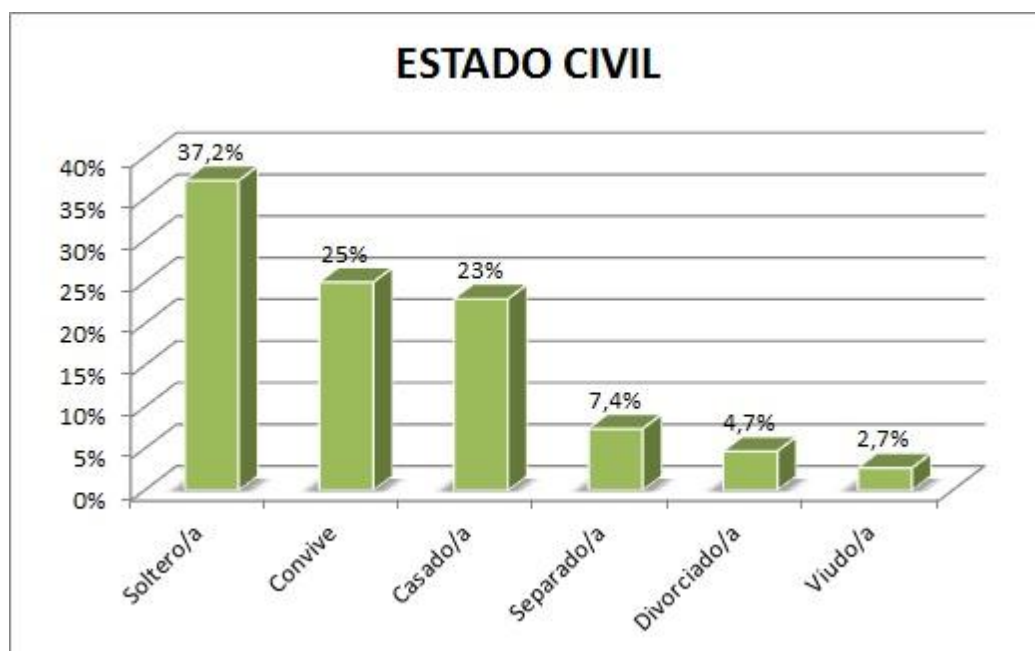


Gráfico 3. Lugar de residencia



En referencia al lugar de residencia, el 18,7% vive en Ituzaingó, el 16% en Morón, el 10,7% en Castelar, el 8,7% en Merlo, otro 8,7% en San justo y el 37,3% lo hace en otra localidad del Gran Buenos Aires.

Gráfico 4. Estado civil

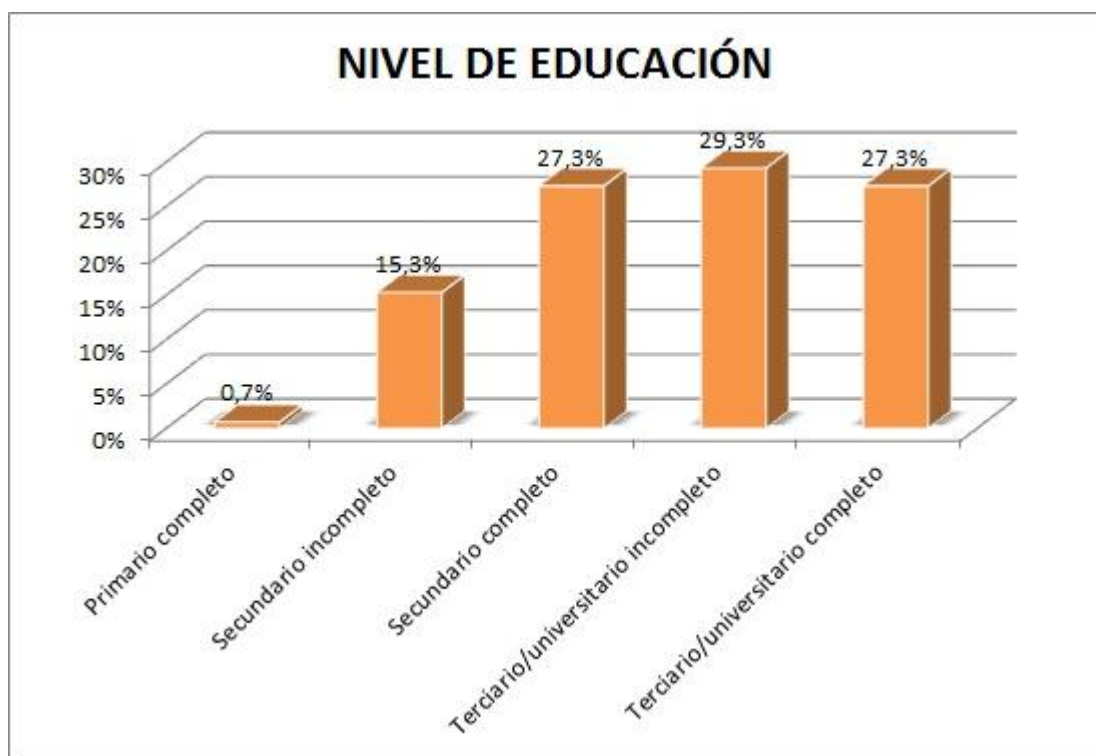


En cuanto al estado civil, el 37,2% es soltero, el 25% convive, el 23% es casado, el 7,4% se encuentra separado, el 4,7% divorciado y el 2,7% viudo.

Gráfico 5. Tiene hijos



Gráfico 6. Nivel de educación



En referencia al nivel de educación, el 0,7% posee primario completo, el 15,3% secundario incompleto, el 27,3% secundario completo, el 29,3% terciario/universitario incompleto y el 27,3% terciario/universitario completo.

4.2. Caracterización de las variables

4.2.1. Inventario de Rol Sexual [IRS]

Tabla I. Resúmenes estadísticos de las dimensiones del IRS.

	N	M	DT	Mín.	Máx.
Masculino	132	51.89	9.079	26	75
Femenino	141	53.79	9.118	20	71

4.2.2. Escala de Actitudes hacia el Amor [EAA]

Tabla II. Resúmenes estadísticos de las dimensiones del EAA.

	N	Mín.	Máx.	M	DT
Eros	144	7	34	14.85	5.394
Ludus	145	7	33	23.66	5.089
Storge	142	7	35	21.61	5.748
Pragmática	147	7	35	24.51	6.521
Manía	145	7	35	20.80	5.832
Ágape	146	7	34	17.03	6.786

4.3. Cruce de variables

4.3.1. Análisis de la normalidad

En primer lugar se realizó el análisis de normalidad para las variables actitudes hacia el amor y las dimensiones masculinidad-feminidad. Se utilizó la prueba de Shapiro-Wilk, siendo los resultados son los siguientes:

Tabla III. Normalidad de las variables a estudiar.

	Sig.
Masculino	.283
Femenino	.150
Eros	.000
Ludus	.003
Storge	.085
Pragmática	.024
Manía	.594
Ágape	.005

En la Tabla III se puede observar que los estilos Eros, Ludus, Pragmática y Ágape no poseen distribución normal al tener una significación igual o menor a 0.05, lo que permite el análisis de la relación entre la dimensión de feminidad y los estilos de amor mencionados. Siendo así, se aplicó posteriormente el estadístico Spearman para analizar dicha relación.

4.4. Análisis de la relación de variables

Con el fin de poder cumplir con el objetivo principal del presente estudio se buscó correlación entre las dimensiones de las variables orientación del rol sexual y actitudes hacia el amor en la muestra seleccionada y para comenzar no se encontró correlación significativa entre la dimensión masculinidad y los estilos de amor ($p = 0.283$) tal como se expresa en la Tabla III. Por lo tanto, el rol de género masculino no mostró tener impacto sobre las actitudes hacia el amor, las características que adquiere el rol de género masculino defieren de los contextos afectivos.

Asimismo, la edad no mostró correlación significativa con los roles sexuales ni con los estilos de amor. Esto sugiere que el desarrollo evolutivo del sujeto, en esta franja etaria de la muestra, no se relaciona con la concepción o la identificación que tenga hacia el rol sexual y hacia el amor.

En adición, se encontró correlación significativa entre las dimensiones Feminidad y los estilos de amor Eros ($p = 0.000$), Ludus ($p = 0.003$), Ágape ($p = 0.005$). En función del resultado explicitado, un sujeto que se halla más identificado a los atributos del rol sexual femenino adopta una determinada actitud que hacía el amor.

A continuación, la aplicación del estadístico Sperman posibilitó establecer la relación entre la dimensión del rol femenino y los tres estilos de amor mencionados y ahondar en su análisis.

Tabla IV. Correlación entre dimensiones del EAA y Femenino [IRS].

	Femenino	p
Eros	-.261	.002
Ludus	.182	.034
Ágape	-.294	.000

Nota: coeficiente utilizado: Rho de Spearman

Los resultados muestran que a mayor nivel en la dimensión Feminidad, mayor nivel de Ludus y menor nivel de Eros, Ágape y viceversa. Entonces, cuanto más atributos femeninos tiene un sujeto, más se identifica con el amor Ludus, pero menos con los estilos Eros y Ágape. En tanto que los bajos niveles de feminidad de los sujetos implican una mayor identificación con los estilos Eros y Ágape y menos acuerdo con la actitud Ludus hacia el amor.

A la luz de los resultados obtenidos, es probable que un sujeto con atributos femeninos se identifique con la forma Ludus de amar, en la que los sujetos entienden al amor como un juego y tienen una autopercepción hacia el amor como diversión y poco compromiso afectivo, sin embargo esto resulta significativo de la aceptación hacia este estilo de amar dado las características que implican el desempeño de los roles femeninos (sensibilidad emocional y social, afiliación y empatía emocional).

Asimismo, también se encontró correlación significativa con el estilo de amor Manía ($p = 0.594$), por lo que se procedió a aplicar el coeficiente r de Pearson para su análisis.

Tabla V. Correlación entre Manía [EAA] y Femenino [IRS].

	Femenino	p
Manía	-.316	.000

Nota: coeficiente utilizado: r de Pearson

Los resultados indican que a mayor nivel de Feminidad, menor nivel de Manía y viceversa, esto significa que aquellas personas que se relacionen más con las características femeninas es menos probable que sean obsesivas y celosas en sus vínculos amorosos. En cambio aquellas personas que tengan bajos niveles de feminidad tienen más probabilidad de desplegar este tipo de lazos en una relación amorosa.

Tabla VI. Correlación entre dimensiones de los instrumentos y el Nivel de educación.

	Nivel de educación	p
Masculino	.195	.025
Ludus	.196	.018
Pragmática	-.200	.015
Ágape	.221	.007

Nota: coeficiente utilizado: Rho de Spearman

Para añadir datos a la investigación se relacionó las variables sociodemográficas y se halló que el nivel de educación mostró correlaciones significativas con el Rol Masculino ($p = 0.025$) y con los estilos de amor Ludus ($p = 0.018$), Pragmática ($p = 0.015$) y Ágape ($p = 0.007$) tal como se muestra en la Tabla VI.

Los resultados muestran que a mayor nivel de educación, mayor nivel del Rol Masculino y viceversa, es decir que a mayor nivel de rol masculino también es mayor el nivel de educación. Esto significa que cuando un sujeto se identifique con los atributos propios del rol masculino, tendrá mayor nivel de educación, en tanto que cuanto mayor sea su nivel de educación, mayor nivel en masculinidad. Siendo así, es posible afirmar que tanto nivel de educación como la dimensión de masculinidad cambian en el mismo sentido.

Es posible explicar estos resultados en función de las cualidades que se requieren para el desempeño de los roles masculinos, dado que están más centrados en el logro de metas, como estudiar una carrera y desenvolverse con más asertividad en diferentes ámbitos públicos, por ejemplo, la facultad o la adquisición de puestos laborales de jerarquía, para lo cuales así mismo, es necesario estar capacitado.

Por otra parte, en cuanto al nivel de educación y los estilos de amor los resultados muestran que a mayor nivel de estudio es mayor el nivel de los estilos Ludus y Ágape, y menor nivel de Pragmática y a menor nivel de educación, menor nivel de los estilos Ludus y Ágape y mayor nivel de Pragmática.

Estos resultados sugieren que el nivel de educación es un factor de importancia en los estilos de amar ya que dan cuenta de que aquellas personas que tienen altos niveles de educación, en primer lugar tienen una visión más libre del amor sin compromiso, y en segundo lugar valorizan la entrega incondicional hacia el otro. En cambio, las personas con bajos niveles de educación buscan personas con status social y económico que puedan garantizarles el bienestar.

4.5. Análisis de las diferencias de grupos

Utilizando la Prueba T de Student, Se encontraron diferencias significativas en la variable sexo para los roles sexuales, tal como lo expresa la Tabla VII, la media en masculinidad es más alta en los hombres ($M = 54,29$; $p = 0.044$) y la media de feminidad es más alta en las mujeres ($M = 55,09$; $p = 0.016$).

Tabla VII. Diferencias grupales según el Sexo.

	Sexo	p
Masculino	Hombre= (M=54,29) Mujer= (M=50,92)	.044
Femenino	Hombre= (M=50,63) Mujer= (M=55,09)	.016

Nota: Prueba T de Student

Los resultados muestran diferencias grupales en el sexo para los roles sexuales, siendo mayor el Rol Masculino en los hombres y el Rol Femenino en las mujeres. Es decir que la mayoría de las mujeres tienden a identificarse como femeninas en tanto que la mayoría de los varones se hallan identificados a los atributos propios de los roles masculinos.

A la luz de los resultados obtenidos, se sostiene lo que es esperable para el mandato social de los estereotipos de género, dado que los varones se socializan principalmente como masculinos y las mujeres como femeninas.

Como dato de añadidura y a los fines de ser tenido en cuenta en futuras investigaciones tomando una muestra representativa de ese aspecto, son las diferencias grupales, según el lugar de residencia para los estilos de amor Storge y Pragmática.

En cuanto al lugar de residencia, los resultados explicitados, que se detallan a continuación en las Tablas VIII y IX, denotan diferencias grupales para los estilos de amor Storge y Pragmática. Estos datos dan cuenta de que esta variable sociodemográfica es un factor de incidencia en las formas de amar.

Tabla VIII. Diferencias grupales según el Lugar de residencia (I).

	F	p
Storge	3.260	.008

Nota: Prueba ANOVA

Tabla IX. Diferencias grupales según el Lugar de residencia (II).

	Chi-cuadrado	gl.	p
Pragmática	12.067	5	.034

Nota: Prueba de Kruskal- Wallis

En cuanto al estado civil, los resultados muestran diferencias para el Rol Masculino, dato que implica la relación entre el estado civil y las características que

definen al rol masculino; logro de metas, control emocional, asertividad, liderazgo, entre otras.

Tabla X. Diferencias grupales según el Estado civil.

	F	p
Masculino	3.004	.014

Nota: Prueba ANOVA

Por último, los resultados referidos a si tienen hijos, detallados en la Tabla XI,

Tabla XI. Diferencias grupales según si Tiene hijos.

	Tiene hijos	p
Eros	Sí= (R=64,68) No= (R=78,18)	.050

Nota: Prueba U de Mann-Whitney

indican diferencias grupales para el estilo Eros, siendo mayores los niveles en quienes no tienen hijos. Por lo tanto aquellas personas que no tienen hijos, tienen un estilo de amor idealizado y romántico que aquellas que si lo tienen. Es posible que esto se explique en función de los vínculos y los roles que se requieren para el cuidado de un hijo, que hacen que se focalicen hacia un amor más filial que de entrega hacia un vínculo romántico con una pareja.

CAPÍTULO V

5. DISCUSIÓN

Se realizó un estudio empírico correlacional, observacional y transversal con un abordaje cuantitativo con el objetivo de indagar si la orientación del rol sexual es uno de los factores que predisponen a adoptar una determinada actitud hacia el amor en hombres y mujeres adultos. Para llevarlo a cabo se tomó un cuestionario autoadministrable entregado personalmente a 150 sujetos que residen en el Área Metropolitana de Buenos Aires que estuvieron presentes los días en que se realizó el procedimiento cumpliendo con los criterios de inclusión/exclusión, durante el último trimestre del año 2014.

En virtud de los resultados obtenidos se puede concluir que existe relación entre la orientación del rol sexual femenino y la actitud hacia el amor, por lo menos en la población a la que pertenece la muestra relevada. Esta proposición se fundamenta en la existencia de relación significativa con los roles sexuales femeninos y las actitudes hacia el amor, sin embargo, no sucede lo mismo con los roles sexuales masculinos, donde no se encontró correlación significativa con los estilos de amor.

Teniendo en cuenta la primera hipótesis del presente estudio que sostiene que según la orientación del rol sexual que asuma la persona va adoptar una determinada actitud hacia el amor, aquellos que tengan una orientación hacia el rol sexual masculino, la actitud hacia el amor sería lúdica (Ludus), así como aquellos que tengan una orientación hacia el rol sexual femenino, sería una actitud de amistad (Storge) hacia el amor, más allá del sexo que tenga; no se puede concluir que la misma haya sido corroborada. La conclusión explicitada se fundamenta en que no se encontró correlación significativa entre el Rol Masculino y los estilos de amor, sin embargo, si se halló una correlación significativa entre el Rol Femenino y la actitud hacia el amor pero la actitud que adoptan hacia el amor se vincula con los estilos Eros, Ludus, Ágape y Manía.

En cuanto a la hipótesis que plantea que las mujeres se orientan hacia roles sexuales femeninos, así como los hombres se orientan hacia roles sexuales masculinos según la clasificación de Barra Almagiá, los resultados muestran diferencias grupales en el sexo para los roles sexuales, siendo mayor el Rol Masculino en los hombres y el Rol Femenino en las mujeres.

Estos últimos datos aportados condicen con la contribución de Barra (2004) que sostiene que las diferencias de género que se hallan en la masculinidad y feminidad es posible relacionarlas en torno a las distintas presiones sociales que afrontan tanto hombres como mujeres en la concreción de su rol sexual. Por un lado a las mujeres se les exige que desplieguen aspectos femeninos, que se consideran muy importantes en contextos afectivos y emocionales, pero a su vez debido a que cada vez tienen mayor presencia social también se las presiona para que desplieguen características masculinas que son más reconocidas socialmente como ser asertivas, emprendedoras y que tengan éxito académico o profesional. Por otra parte, la demanda social en los hombres está en que desempeñen su rol masculino con mayor obligación que la exigencia de las mujeres en cuanto a su rol femenino, pero sin ninguna presión de incorporar aspectos femeninos en su personalidad.

Esta contribución teórica de Barra (2004) en conjunto con los resultados también se puede entender teniendo en cuenta el hecho de que los roles femeninos si se hallan relacionados a los estilos de amor, dado la presión social que tienen estos papeles por desempeñarse en contextos afectivos y emocionales.

Teniendo en cuenta que en su mayoría las mujeres se hallaron identificadas al rol femenino, en coincidencia con su sexo biológico, es posible asegurar también que son la mayoría de las mujeres de la muestra quienes adoptan una actitud Ludus hacia el amor, ya que se sintieron identificadas con las características socioculturales que se le adjudican en función de su sexo biológico.

Constituye un dato significativo que el rol femenino se vincule a este tipo de amor Ludus, dado que en investigaciones mencionadas a lo largo del presente estudio, las mujeres tienden a adquirir los estilos pragma, storge o eros y los hombres eran quienes adquirirían este tipo Ludus hacia el amor. Este aporte se comprende desde las nuevas significaciones que han surgido en torno al rol que las mujeres desempeñan en la sociedad, y ya que el amor también se halla inmerso en los vínculos esto implica claramente también influye al momento de la elección de pareja. En tanto que en función de las nuevas significaciones sociales del género, las mujeres tienen una concepción más libre y de menor compromiso hacia el amor. Dado las exigencias sociales y laborales, las mujeres han focalizado en su propio desarrollo personal en lugar de centrarse en la búsqueda de una pareja ideal y constituir una familia, prefieren vínculos de corto plazo que no le requieran tanto compromiso sentimental.

Específicamente, en cuanto al rol de género la mujer aún sigue considerándose a sí misma principalmente como femenina, pero ese posicionamiento respecto al rol

sexual lo hace en forma positiva, utilizando al máximo las potencialidades propias de los atributos específicos de su género para la concreción de las distintas demandas sociales, en ese sentido, hace referencia a las tareas que deben cumplir (ama de casa, adquisición de puestos jerárquicos, altos niveles de estudios, etc). Sin embargo la mujer aún se sigue posicionando en ese lugar que desde hace mucho tiempo le es asignado y se hace cargo primariamente en el ámbito privado, de lo expresivo, de la afiliación y la empatía emocional.

En cuanto a los hombres, los roles masculinos focalizan en otro ámbito que tienen que ver con el desempeño de otras características que difieren de los contextos afectivos, los atributos que se requieren para hallarse identificado con la dimensión de masculinidad (asertividad, competitividad, ambición, logro, control emocional) poco tienen que ver con el despliegue de aptitudes afectivas y contextos emocionales, aspectos que se consideran fundamentales en el despliegue de los vínculos amorosos.

En cuanto a las limitaciones del estudio se puede señalar el hecho de que la muestra sólo fue tomada en una población determinada como es el Área Metropolitana de Buenos Aires, y que, teniendo en cuenta el alcance de la población objetivo, el tamaño de la muestra es relativamente pequeña, dado que se hace dificultosa la tarea de obtener muestras más grandes debido al tiempo de planificación del presente estudio. Sin embargo, estudiar sólo a la población que habita en el AMBA permite un mayor acercamiento y una mejor comprensión de la incidencia de los factores psicológicos estudiados en las personas que allí viven. Asimismo, tal vez la poca experiencia de la investigadora pudo impactar en algún momento del proceso de investigación, hecho que pudo ser subsanado en parte por los aportes del director del estudio; pero que con el tiempo la propia investigadora logrará revertir.

En cuanto al futuro, queda abierto un camino para investigaciones en nuestro país, en las cuales se pueda indagar fehacientemente los aportes e influencias que las diferentes variables socio demográficas tengan sobre el rol de género y así como también sobre las actitudes hacia el amor. También se deja a consideración de futuros investigadores volver a indagar sobre la relación entre la orientación del rol sexual y las actitudes hacia el amor.

Uno de los datos llamativos y que queda abierto a futuras investigaciones es la incidencia del lugar en el que vive el sujeto y como repercute en sus formas de amar, dado que el contexto en el que se conforman los sujetos estudiados también es un factor de importancia como formador de distintas actitudes, entre ellas hacia el amor.

Otro dato llamativo que surgió a la luz de los resultados obtenidos y que puede considerarse como un factor a la hora de desplegar estilos amorosos es el nivel de educación ya que aquellas personas que tienen altos niveles de educación, en primer lugar tienen una visión más libre del amor sin compromiso, y en segundo lugar valorizan la entrega incondicional hacia el otro. En cambio, las personas con bajos niveles de educación buscan personas con status social y económico que puedan garantizarles el bienestar, o el reconocimiento social que por sí mismos no lograron conseguir.

En cuanto al estado civil, los resultados muestran diferencias para el Rol Masculino, dato que implica la relación entre el estado civil y las características que definen al rol masculino; logro de metas, control emocional, asertividad, liderazgo, entre otras. Es un dato llamativo a ser tenido en cuenta para futuras investigaciones, dado que hay escasos antecedentes que estudien la incidencia del estado civil en la orientación del rol sexual de los sujetos.

En cuanto a los aportes de otras investigaciones precedentes, Barra (2004) halló una diferencia significativa de género en los roles sexuales femeninos, no sucedió lo mismo con los roles masculinos, concluyendo que a las mujeres le resulta más fácil incorporar roles masculinos que a los hombres incorporar roles sexuales femeninos. Esta cuestión no se corresponde con el aporte realizado en la presente tesis, dado que las mujeres sólo incorporaron aspectos de roles femeninos así como los hombres de los roles sexuales masculino, mostraron una clara rigidez en el desempeño de los roles de género en la presente muestra.

Siguiendo en la misma línea, en cuanto a la orientación del rol sexual en México, el estudio de Lazarevich et al. (2006) en el que se analizó las tipologías de los roles sexuales haciendo uso del IRSB como así también del Cuestionario de Atributos Personales en una población de alumnos de universidad, hallaron que existe una muy variada tipología de roles de género en hombres y mujeres, que no condice con el modelo tradicional de ese país (caracterizado por ser patriarcal ya que se premian las conductas del hombre y se devalúa a la mujer), esto se diferencia de los datos aportados por la presente tesis, dado que las mujeres se hallan más identificadas a los roles sexuales femeninos, así como los hombres a los roles sexuales masculinos, posicionándose en los roles estereotipados de su propio género.

Asimismo, los datos aportados por Camacho et al. (2012) que han mostrado que la feminidad y la masculinidad se hallan relacionados con las actitudes que la gente tiene hacia el amor con independencia del sexo del sujeto, sólo condicen con los

resultados aportados por esta tesis, en lo que respecta a la escala de feminidad, no así con la de masculinidad. Además a diferencia de la investigación presentada por Camacho et al. (2012) que sostiene que cuando más un sujeto se halla identificado con atributos femeninos, hay mayor relación con Eros; los resultados del presente estudio sostienen que a mayor nivel de rol femenino, menor nivel de Eros.

Sin embargo, aunque las mujeres se relacionen a estos roles de género que están asociados al despliegue de los estilos de amor mencionados en la presente investigación, lo hacen pero desde un lugar en el que la mujer tiene protagonismo ella misma y no queda relegada a la dependencia romántica o el amor idealizado. El hecho de que la mujer en un vínculo amoroso se perciba a si misma como libre y no atada a una relación, también implica un cambio en la concepción que tiene de si misma. Desde hace mucho tiempo se ha considerado que la mujer fue la principal creyente de los mitos sostuvieron el amor romántico, sosteniendo un trasfondo de dominaciones y dependencias. Pero en función de los resultados de la presente investigación hemos visto cómo los cambios y la influencia de las distintas corrientes teóricas en la perspectiva de género conjunto con los cambios socioculturales y las demandas socioeconómicas han cambiado sus formas de pensar y de sentir, por lo menos en los que respecta específicamente a las formas de amar.

En cambio en los hombres, dado que aún siguen identificándose a los roles de género masculinos, y en pos del desarrollo de aspectos instrumentales, relegan la manifestación de aspectos expresivos, afectivos y sentimentales, sosteniendo el mandato de los estereotipos de género de la sociedad patriarcal.

Estas cuestiones aportan una idea en la configuración de las relaciones y los vínculos amorosos, sobretudo en cuanto a cómo se posicionan cada uno de los sexos en función de la orientación de su rol sexual.

Finalmente, se resalta la importancia de la realización de la presente investigación como un aporte valioso para la comprensión de los roles de género y cómo estos impactan en las distintas expresiones emocionales, entre ellas, las formas de amar; asimismo, se recomienda establecer estrategias de intervención que permitan desarrollar perfiles más flexibles en cuanto a la orientación de los roles sexuales, que favorezcan el bienestar psicológico de los sujetos, entendiendo que los hombres pueden incorporar características femeninas, relacionadas a la expresión emocional, que pueden mejorar su desarrollo personal sin que ello implique una castigo social para la mayoría de los hombres. Lo mismo sucede con la mayoría de las mujeres, que puedan incorporar aspectos relacionados a la asertividad y el logro de metas, que también pueden favorecer

su bienestar personal, sin tampoco tener que ser presionadas por desempeñar características que sólo se hallen vinculadas a la empatía emocional y cuidado de los otros. Esto implica una mirada más completa de la temática de género, entendiendo que la cristalización de los rasgos femeninos y masculinos, considerados desde los estereotipos de género, afecta a la salud psicológica de hombre y mujeres.

6. ANEXOS

Soy alumna de la Universidad Abierta Interamericana, y me encuentro realizando mi trabajo de investigación para mi futura graduación en la Licenciatura de Psicología. Usted ha sido invitado/a a participar en una investigación donde se desea estudiar la orientación de rol sexual y las actitudes hacia el amor. Para llevar a cabo este proyecto, necesitaría que responda tres cuestionarios breves que se encuentran a continuación. Su colaboración es voluntaria y la sola participación implica la aceptación de la realización del presente cuestionario. La información brindada por usted es anónima y sus datos no serán difundidos. Los resultados de la misma serán utilizados sólo para fines académicos-científicos.

Recuerde que no hay respuestas correctas o incorrectas, por favor intente no omitir ninguna pregunta y responder todo el cuestionario.

1) Piense en la persona de quien esté enamorado/a en este momento (si no lo está en la actualidad, piense en una relación anterior). Le presentamos una serie de enunciados. **Señale su grado de acuerdo con los mismos, utilizando la siguiente escala:**

1	2	3	4	5
Completament e de acuerdo	Moderadament e de acuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	Moderadament e en desacuerdo	Completament e en desacuerdo

En cada uno de los enunciados, marque el número de la escala que mejor se ajuste a su opinión.

1. Con mi pareja, nos sentimos atraídos desde la primera vez que nos vimos.	1	2	3	4	5
2. Mi pareja y yo tenemos buen contacto físico.	1	2	3	4	5
3. Las relaciones físicas con mi pareja son muy intensas y satisfactorias.	1	2	3	4	5
4. Siento que mi pareja y yo estamos hechos el uno para el otro.	1	2	3	4	5
5. Mi pareja y yo nos hemos implicado emocionalmente muy rápido.	1	2	3	4	5
6. Mi pareja y yo nos entendemos realmente bien.	1	2	3	4	5
7. Mi pareja responde a mi ideal de belleza física.	1	2	3	4	5
8. Trato que mi pareja esté algo insegura en relación a mi compromiso con ella.	1	2	3	4	5
9. Lo que mi pareja desconoce de mí, no debería llamarle la atención particularmente.	1	2	3	4	5
10. A veces evito que mis parejas sepan la existencia el uno del otro.	1	2	3	4	5

11. Me recupero de las decepciones amorosas rápido y fácilmente.	1	2	3	4	5
12. Pienso que mi pareja se enojaría si supiera cosas que he hecho con otras personas.	1	2	3	4	5
13. Al percibir que mi pareja depende de mi, prefiero poner distancia entre ambos.	1	2	3	4	5
14. Me gusta jugar al juego del amor con diferentes parejas.	1	2	3	4	5
15. Es difícil decir exactamente dónde termina la amistad y empieza el amor.	1	2	3	4	5
16. No puedo amar a alguien sin primero haber sentido durante cierto tiempo afecto por esta persona.	1	2	3	4	5
17. Espero permanecer para siempre junto a mi pareja.	1	2	3	4	5
18. El amor más profundo nace de una larga amistad.	1	2	3	4	5
19. Entre mi pareja y yo, nuestra amistad inicial se transformó gradualmente en amor.	1	2	3	4	5
20. El amor es realmente una amistad profunda y no algo misterioso y místico.	1	2	3	4	5
21. Mis relaciones amorosas más satisfactorias se han realizado a partir de relaciones de amistad.	1	2	3	4	5
22. Antes de comprometerse con una persona hay que considerar qué va hacer de su vida.	1	2	3	4	5
23. Hay que planificar cuidadosamente la vida antes de elegir pareja.	1	2	3	4	5
24. Es preferible amar a alguien que proviene del mismo medio social	1	2	3	4	5
25. Una de las cosas esenciales a la hora de elegir pareja es la aceptación de nuestra familia hacia él/ella.	1	2	3	4	5
26. Un criterio importante en la elección de pareja es saber si él/ella podrá ser un buen/a padre/madre.	1	2	3	4	5
27. Un criterio importante a la hora de elegir pareja es saber si él/ella podrá o no ayudarnos en nuestra carrera profesional.	1	2	3	4	5
28. Antes de comprometerme con alguien trato de ver en qué medida sus genes son compatibles con los míos, en caso de decidir tener hijos.	1	2	3	4	5
29. Cuando algo no va bien con mi pareja, se me hace un nudo en el estómago.	1	2	3	4	5
30. Tras una ruptura, me deprimó tanto que puedo llegar a pensar incluso en el suicidio.	1	2	3	4	5
31. A veces estoy tan excitado/a de estar enamorado/a que no logro dormir.	1	2	3	4	5
32. Cuando mi pareja no me hace caso, me enfermo.	1	2	3	4	5
33. Cuando estoy enamorado/a me cuesta concentrarme sobre cualquier tema que no sea mi pareja.	1	2	3	4	5
34. Si sospecho que mi pareja está con otro/a, no consigo estar realmente relajado/a o tranquilo/a.	1	2	3	4	5
35. Si mi pareja me ignora durante cierto tiempo, hago cosas estúpidas para tratar de atraer de nuevo su atención.	1	2	3	4	5
36. Trato siempre de ayudar a mi pareja a sobrellevar los momentos difíciles.	1	2	3	4	5
37. Prefiero sufrir yo antes de que sufra mi pareja.	1	2	3	4	5
38. No puedo ser feliz sin poner la felicidad de mi pareja por encima	1	2	3	4	5

de la mía.					
39. Estoy generalmente dispuesto a sacrificar mis propios deseos para que mi pareja pueda realizar los suyos.	1	2	3	4	5
40. Mi pareja puede disponer de todo lo que yo poseo.	1	2	3	4	5
41. Cuando mi pareja se enfada conmigo, sigo amándole completa e incondicionalmente.	1	2	3	4	5
42. Estoy dispuesto a soportar cualquier cosa por estar con mi pareja.	1	2	3	4	5

2) A continuación aparecen una serie de características personales. Le solicitamos indicar en qué medida cree que se dan en Ud. cada una de estas características, seleccionando las siguientes alternativas:

1	2	3	4	5
Nunca o casi nunca	Rara vez	Algunas veces	Habitualmente	Siempre o casi siempre

1. Afectuoso(a)	1	2	3	4	5
2. Ambicioso(a)	1	2	3	4	5
3. Analítico(a)	1	2	3	4	5
4. Arriesgado(a)	1	2	3	4	5
5. Autosuficiente	1	2	3	4	5
6. Aventurero(a)	1	2	3	4	5
7. Competitivo(a)	1	2	3	4	5
8. Con don de mando	1	2	3	4	5
9. Coqueto(a)	1	2	3	4	5
10. Decidido(a)	1	2	3	4	5
11. Defiende sus ideas	1	2	3	4	5
12. Dispuesto(a) a consolar	1	2	3	4	5
13. Emotivo(a)	1	2	3	4	5
14. Expresivo(a)	1	2	3	4	5
15. Firme	1	2	3	4	5
16. Individualista	1	2	3	4	5
17. Ingenioso(a)	1	2	3	4	5
18. Ingenuo(a)	1	2	3	4	5
19. Le gustan los niños	1	2	3	4	5
20. Líder	1	2	3	4	5
21. Lloro con facilidad	1	2	3	4	5
22. Pasivo(a)	1	2	3	4	5
23. Preocupado(a) por los otros	1	2	3	4	5
24. Preocupado(a) por su apariencia	1	2	3	4	5
25. Romántico(a)	1	2	3	4	5
26. Seguro(a)	1	2	3	4	5
27. Suave	1	2	3	4	5

28. Sutil	1	2	3	4	5
29. Tierno(a)	1	2	3	4	5
30. Valiente	1	2	3	4	5

Datos Socio- Demográficos:

3) Edad: _____ años.

4) Sexo:

☐ 1. Hombre

☐ 2. Mujer

5) Lugar de residencia:

Área Metropolitana de Buenos Aires: Indicar Localidad _____

6) Estado civil:

☐ 1. Soltero/a

☐ 2. Convive

☐ 3. Casado/a

☐ 4. Separado/a

☐ 5. Divorciado/a

☐ 6. Viudo/a

7) Hijos:

Si ☐

No ☐

8) ¿Cuál es su Máximo Nivel de Educación Alcanzado? (Indique con una cruz)

- | | | | |
|--------------------------|--------------------------|---|--------------------------|
| 1. No asistió | ☐ | 6. Terciario / Universitario Incompleto | ☐ |
| 2. Primario incompleto | ☐ | 7. Terciario / Universitario Completo | ☐ |
| 3. Primario completo | ☐ | | |
| 4. Secundario Incompleto | ☐ | | |
| 5. Secundario Completo | ☐ | | |

¡Muchas gracias por su colaboración!

7. REFERENCIAS

- Araguez, M. (2012). *Parejas Homosexuales y Heterosexuales en concubinato: Bienestar Psicológico y Orientación de Rol Sexual*. Tesis para optar al Título de Psicólogo, Facultad de Psicología y Relaciones Humanas, Universidad Abierta Interamericana, Buenos Aires, Argentina.
- Barra Amalgia, E. (2002). Construcción de un inventario de rol sexual en universitarios chilenos. *Revista Intercontinental de Psicología y Educación*. 4 (2), 11-19.
- Barra Amalgia, E. (2002). *Psicología de la Sexualidad*, 2a Ed. Concepción: Universidad de Concepción.
- Barra Amalgia, E. (2004). Validación de un inventario de rol sexual construido en Chile. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 36 (1) 97-106.
- Barra Amalgia, E. (2010). Bienestar psicológico y orientación de rol sexual en estudiantes universitarios. *Terapia Psicológica*. 28 (1), 119-125.
- Brendlla, M., Brizzio, A. & Carreras, A. (2001). Actitudes hacia el amor y apego. *Psicodebate. Psicología, cultura y sociedad*, 7-23.
- Bonilla Campos, A. (2010). Psicología y Género: la significación de las diferencias. *Dossiers Feministes, 2010* (14) , 129-150.
- Burin, M. (1996). *Género y Psicoanálisis: Subjetividades femeninas vulnerables*. Disponible en: www.psiconet.com, Directorio: foros/genero/subjetividad.htm.
- Camacho, J., Regalado, P., Carrea, G., Grosso, C., Geleazzi, F., Gunther, G., Gasco, M. et al. (2012). Actitudes hacia el amor y estilos de humor en mujeres y varones: ¿Nos diferencia el sexo o el género? *Psiencia. Revista Latinoamericana de ciencia psicológica*, 4 (1), 13-27.
- Cheung Chung, M., Farmer, S., Grant, K., Newton, R., Payne, S., Perry, M., Saunders, J. et al. (2002). Diferencias entre los estilos de amar que tienen hombres y mujeres y sus reacciones de Estrés Postraumático tras la ruptura de su relación. *Eur. J. Psychiat*, 16 (4), 204-215.

- Cooper, V. & Pinto, B. (2008). Actitudes ante el amor y la teoría de Sternberg. Un estudio correlacional en jóvenes universitarios de 18 a 24 años de edad. *Ajayu*, 6 (2), 181-206.
- Espinoza Romo, A., Correa Romero, F. & García & Barragán, L. (2014). Percepción Social de la infidelidad y estilos de amor en la pareja. *Enseñanza e Investigación en Psicología*, 19 (1), 135-147.
- Fernández, J. (2000). ¿Es posible hablar de género sin presuponer una generología? *Papeles del Psicólogo*, 2000 (75), 3-12.
- Ferrer Pérez, V., Bosch Fiol, E., Navarro Guzmán, C., Ramis Palmer M. & García Buades, E. (2008). El concepto de amor en España. *Psicothema* 2008, 20 (4), 589-595.
- Fórum de Política Feminista. (2010) *Mujeres, sexo, poder, economía y ciudadanía. XX Taller Fórum de Política Feminista*. Madrid.
- García- Mine Freire, A. (2004). Adaptación Española del Inventario de Orientación Sexual. *Miscelánea Comillas*, 62, 347-420.
- García Palma, M., Garnica Fernández, M., González Muñoz, N., Márquez Gómez, M., Martín Parrado, M., Pérez Rivas, M. & Vico Rodríguez, M. (2012). Las mujeres viven la relación romántica diferente al hombre. *Revista electrónica de investigación Docencia Creativa*, 1, 95-100.
- Gonzalez, S. (2002). *Actitudes hacia el amor, rol sexual y autoestima en un grupo de mujeres víctimas y no víctimas de violencia doméstica*. Tesis para optar al Título de Psicólogo, Escuela de Psicología, Facultad de Humanidades y educación, Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, Venezuela.
- Guibourg, R. (2012). Sobre el Género y la ley. Identidad de Género y Muerte Digna (Suplemento Especial) 38-41.
- Hernández Sampieri, R., Fernández Collado, C. & Baptista Lucio, P. (1991). *Metodología de la Investigación*. México: Mac Graw Hill.
- Lamas, M. (2000). Género, diferencias de sexo y diferencia sexual. *Redalyc*, 7 (18), 1-25.
- Lazarevich, I., Delgadillo Gutiérrez, H., Carrasco, F. & Méndez Ramírez, I. (2006). Tipologías de roles de género en estudiantes de la Universidad Autónoma

- Metropolitana Unidad Xochimilco. *Revista Ciencia Clínica*, 7 (1), 12-18.
- Meler, I. (2010). Amor y poder entre los géneros. *Subjetividad y Procesos Cognitivos*, 14 (1), 187-203.
- Petracci, M.& Mattioli, M. (2008). *Opinión pública de las mujeres residentes en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires sobre temas de políticas públicas. Abordaje Cualitativo*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Observatorio de Equidad de Género.
- Portatadino, A. (2012). La identidad de Género. . *Identidad de Género y Muerte Digna (Suplemento Especial)* 58-61.
- Purificación, R. (2007). La formación de la identidad de género una mirada desde la filosofía. *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, 12 (28).
- Rubin, G. (1996). El tráfico de las mujeres. Nueva antropología. Estudios sobre la mujer: problemas teóricos, p. 36.
- Salas, M. (1996). La mentira en la construcción de la masculinidad. *Revista Costarricense de Psicología*, 12 (24), 67-78.
- Sede AMBA (2011). Área Metropolitana de Buenos Aires. Argentina.
- Tajer, D. (en prensa). Construyendo una agenda de género en las políticas públicas en salud. *Género y Salud. Las Políticas en acción*.
- Ubillos, S., Zubieta, E., Páez, D., Deschamps, J., Ezeiza, A., Vera, A. (1997). Amor, Cultura y Sexo. *Revista Electrónica de Motivación y Emoción*, 1997 (3) ,8-9
- Vega, V. (2007). Adaptación argentina de un inventario para medir identidad de rol de género. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 39 (3), 537-546.
- Zubieta, E. (2001). Actitudes sobre el amor y preferencias en la elección de pareja. (Cuaderno de prácticas de Psicología Social y Cultura). Fichas técnicas. Facultad de Psicología, Universidad del País Vasco.